

CRISTIANDAD



110

RAZON DE ESTE NUMERO

A Ñ O V

15 OCTUBRE

1 9 4 8

Continuando la exposición iniciada en números anteriores, reproducimos en el presente número fragmentos de diversos

autores que coinciden en hacer patente su inquietud ante el deplorable estado que ofrece el mundo de nuestros días. Con ello CRISTIANDAD quiere hacer de nuevo reafirmación de su método que encuentra su mejor expresión en la palabra «copiandad»: acopio de documentos pontificios, de los clásicos del pensamiento católico, y también de escritos de aquellos autores que no nos pertenecen, pero cuya doctrina o encierra una parte de aquella verdad que es nuestro patrimonio, o nos opone en tesis un medio precioso para contrarrestar nuestras convicciones.

CRISTIANDAD procurará seguir cada vez más en esta línea de conducta, insistiendo especialmente en la divulgación de las enseñanzas de los Romanos Pontífices. Es decir, cada día será más «Copiandad». Tal es el tema desarrollado en el **Editorial**.

PLURA UT UNUM: **Prenuncio de victoria**, por María Luisa de Aranzadi (págs. 442 a 445).

NOVA ET VÉTERA: «**Quanti mercenarii in domo patris sui abundant panibus...**», P. Félix, S. J. (págs. 446 a 448); «**Las Esperanzas de la Iglesia**», P. Enrique Ramière, S. I. (págs. 449 y 450); **El ideal histórico de una nueva cristiandad**, Jacques Maritain (págs. 451 a 453); **Carta del Papa Celestino VI a todos los hombres**, Giovanni Papini (págs. 454 a 457); **Medios especiales para la instauración del Reino de Cristo**.—Pío XI. Encíclica «**Ubi arcano Dei**» (págs. 458 y 459); **Pastoral de los Obispos holandeses con motivo del Congreso de Amsterdam**, (págs. 461 y 462); **Bolonia y Amsterdam buscan la unión**, P. Ignacio Ortiz de Urbina, S. J. (pág. 463).

A LA LUZ DEL VATICANO: **Ante la Festividad del DOMUND**, por José Oriol Cuffi Canadell (págs. 460 y 461).

DE ACTUALIDAD. **Necesidad de difundir la Doctrina Católica**.—**La misión de Europa en el Mundo**.—«**El Papado ha muerto**».—**Atropellos judíos a los católicos de Palestina**, por J. O. C. (pág. 464).



El Liberalismo es pecado

Dr. D. Félix Sardá y Salvany

Obra que, a pesar de
haberse escrito hace
más de cincuenta
años, conserva toda
su actualidad

PIDALA EN NUESTRA ADMINISTRACION
Precio especial para nuestros suscriptores:

4 ptas. ejemplar



*Visite las Cuevas
de Artá*

Editorial Poblet

AGENCIA DE LIBRERIA



CÓRDOBA, 844

Buenos Aires

(ARGENTINA)

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual . . . 100'00 ptas.

Semestral . 50'00 "

Trimestral . 25'00 "



Número ordinario . . . 5²⁵ pts.

Encuadernar 25 »

Tomo encuadernado . 125 »



Pagamos Ejemplar número 39 a 10 pesetas

Teléfono 22446

CRISTIANDAD

NÚMERO 110 - AÑO V

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22446
BARCELONA

15 de Octubre de 1948

Cruz, 1, 1.º - Teléf. 222567
MADRID

«COPIANDAD»

El contacto con el genio es necesario para la vida del espíritu. El genio, como el profeta, es un don de Dios, un embajador suyo entre los hombres: es una llama purificadora del ambiente, un aventador de egoísmos, un alumbrador de serias esperanzas.

No es lícito interponer, entre el genio y los hombres, la mampara opaca de la mediocridad. No es lícito mediatizarle, sepultarle ni que sea bajo nuestros elogios, privando al mundo de su contacto fecundante, de la participación de su vida, del alimento de su sabiduría.

El contacto personal, la compenetración y «amistad» con el genio puede, y sólo ello, lograr que nuestra cultura supere un día su estado actual de «masificación», la decadencia de un pensamiento que alterna en su expresión entre sofisticadas galas y bárbaras interjecciones, pero igualmente desvinculado en uno y otro caso de las fuentes profundas del ser y de la vida, pensamiento sin horizontes, sin poesía, sin corazón.

CRISTIANDAD se humilla ante el genio. Se humilla más todavía ante el Espíritu. Nada desea tanto como el hacer silencio en sí misma y a su alrededor para oírles pronunciar sus oráculos. De aquí la importancia que atribuye a su sección «Nova et vetera», que es verdaderamente el centro de la revista. Un amigo la apellidó un día, por esta razón, «Copiandad»: pocas veces se ha sentido mejor definida. Y si algo la desazona alguna vez es ver que se atiende —no le importa que sea para elogio o censura— a secciones o artículos que ella estima de mero complemento, sin otro valor, a menudo, que el ser escritos con sincero deseo de la verdad, y en uso de un derecho legítimo.

CRISTIANDAD es, esencialmente, «Copiandad» —¿Cuándo lo comprenderán todos sus lectores?—: acopio de documentos pontificios, o de príncipes de la Iglesia, fragmentos de los clásicos del pensamiento católico e incluso —¿por qué no?— de autores que no nos pertenecen, pero cuya doctrina o encierra una parte de aquella verdad que es nuestro patrimonio y que hay que reivindicar de ellos «como de poseedores injustos», o al contrario, nos opone, en tesis tal vez bien estructuradas, un medio precioso para contrastar nuestras convicciones.

CRISTIANDAD insistirá en su método: cada día será más «Copiandad». Ni temerá repetirse, sobre todo cuando nos hablan los Sumos Pontífices. A los que alegasen fatiga, les respondería, afectuosamente: Lee de nuevo: medita. Fijate en quien te habla: no lo hace en vano, por hablar, por lucirse, para arrancar de ti, subrepticamente, un apoyo a sus ambiciones. No es la novedad ni el mucho saber lo que satisface el ánimo, sino el gustar las cosas internamente. Combate en ti mismo la indiferencia nacida de la familiaridad: la expresión que desdeñas —tal vez— por sabida, levanta en realidad una punta del velo que encubre los secretos de Dios. Que ella no sea para ti algo externo. Préstale la originalidad que puede encontrar en ti si tú vibras a su unísono, si permites que se reencarne en ti, que goce en ti de un nuevo, irradiante modo de ser. Préstate a brillar con su luz, a calentar con su calor: renuncia a la mezquindad de tus opiniones particulares y de tus intereses estrechos: deja que Dios habite en tu alma, y te haga socio de sus empresas! ¡Tu vida tendrá así un valor de universalidad, para bien de la humanidad entera!



PRENUNCIO DE VICTORIA

Cuando el Dios de los ejércitos quiso dar la victoria a las tropas de Carlos VII y coronarle rey de Francia, llamó con voces misteriosas a una pobre doncella de las montañas de Domremy y armó su débil brazo de niña con fuerza poderosa. Los jefes que al principio trataron a Juana de visionaria y rechazaron sus ofrecimientos, cediendo al fin ante la fe del pueblo, profundamente convencido de que el Señor le había hablado, decidieron darle una escolta para que la acompañara a la corte. Y la palabra de Dios a la niña se cumplió.

El Señor, que en su providencia quiere asociarse al hombre para realizar los más altos designios de su amor, exige siempre de éste lo único que puede hacerle digno de que Dios se abaje hasta él: la humildad.

En el curso del siglo XVII los secretos divinos de una misión mucho más grande van a ser confiados a otra joven doncella. Esta vez no es sólo un pueblo, ni una nación lo que se trata de salvar, sino el mundo entero. Ni ella será la conquistadora. El mismo Rey de reyes le mostrará un signo conmovedor de tan profunda elocuencia y de tan divina fuerza, que la humanidad entera podrá abrirse a una nueva y definitiva esperanza, porque en él descansa la promesa del mayor triunfo que los siglos conocieron: «Las naciones todas, le reconocerán» (1).

LA ESCOGIDA DEL CORAZON DIVINO

Arrodillada está, en profunda oración, al pie del Tabernáculo donde escucha desde hace tiempo palabras misteriosas, que un Dios enamorado deja caer en su alma atónita y confusa, sin que acierte a comprender aún claramente lo que ellas puedan significar.

Fuera del claustro de la Visitación que entre velos de humildad oculta y guarda, como perla preciosa, la austera santidad de Margarita María, la sociedad se agita herida ya de muerte en sus cimientos. ¿Qué sabe la joven

(1) Y le adorarán todos los Reyes de la tierra, las naciones todas le rendirán homenaje. Porque El librará al pobre de las manos del poderoso, y al desvalido que no tiene quien le valga. Ps. LXXI.

novicia de aquellos planes subterráneos, forjados en la obscuridad de las sectas; que a modo de redes extenderá por todo el mundo el caudillo de los hijos rebeldes, Satanás, para hacer caer a los incautos y crearse un monstruoso imperio, dominador del mundo, asentado sobre leyes sectarias y blasfemas, entre humo de confusión y agitación de luchas sociales y de guerras? ¿Qué conoce de los misericordiosos designios del Corazón de Dios sobre tan desdichada sociedad? ¿De la sobreabundancia de gracias que prepara a los que quieren ser suyos y formar bajo su bandera, ni de su plan divino de establecer sobre las ruinas de un imperio de odio, un reinado de amor?

El puesto de la hermana Margarita María Alacoque es, ciertamente, en el monasterio de Paray le Monial, uno de los últimos; muchas de sus hermanas de religión, de superior y distinguida alcurnia, aparecen al exterior adornadas de más preclaras dotes naturales. Ella no ha sido admitida para su profesión, a pesar de haber transcurrido el tiempo señalado para el noviciado, y se la ha obligado a esperar. Pero ya el año 1672 finaliza y se acerca para la humilde novicia de la Visitación el momento anhelado de su profesión religiosa, que ha sido fijada para el 6 de noviembre. Con fervorosa entrega comienza el retiro que ha de preceder al solemne acto, sin sospechar siquiera en su humildad que una nueva fase, la más trascendental de su vida, va a comenzar.

Desde niña, fiel a los requerimientos de la gracia y entregada a la más austera mortificación, le es también habitual el trato íntimo con su Dios y sus celestiales comunicaciones. Por ellas el Señor ha querido iluminarla y dirigirla, sin intermediarios, en el camino de su propia perfección, hasta llevarla a las fuentes sagradas del puro amor. Preparada su alma, hora es ya de que comience su misión: Margarita oirá palabras de fuego y recibirá el encargo de derramarlas sobre el mundo entibiado, en un supremo esfuerzo para recalentarlo. El Corazón de Jesús se le manifestará plenamente, le hará depositaria de las más trascendentales promesas, y le conferirá el carácter de intérprete y apóstol; será la evangelista de sus misericordiosos designios en orden a nuevas gracias que de



RAZON DE ESTE NUMERO

Continuando la exposición iniciada en números anteriores, reproducimos en el presente número fragmentos de diversos autores que coinciden en hacer patente su inquietud ante el deplorable estado que ofrece el mundo de nuestros días. Con ello CRISTIANDAD quiere hacer de nuevo reafirmación de su método que encuentra su mejor expresión en la palabra «copiandad»: acopio de documentos pontificios; de los clásicos del pensamiento católico, y también de escritos de aquellos autores que no nos pertenecen, pero cuya doctrina o encierra una parte de aquella verdad que es nuestro patrimonio, o nos opone en tesis un medio precioso para contrarrestar nuestras convicciones.

CRISTIANDAD procurará seguir cada vez más en esta línea de conducta, insistiendo especialmente en la divulgación de las enseñanzas de los Romanos Pontífices. Es decir, cada día será más «Copiandad». Tal es el tema desarrollado en el **Editorial**.

PLURA UT UNUM: **Prenuncio de victoria**, por María Luisa de Aranzadi (págs. 442 a 445).

NOVA ET VETERA: «*Quanti mercenarii in domo patris sui abundant panibus...*», P. Félix, S. J. (págs. 446 a 448); «**Las Esperanzas de la Iglesia**» P. Enrique Ramière, S. I. (págs. 449 y 450); **El ideal histórico de una nueva cristiandad**, Jacques Maritain (págs. 451 a 453); **Carta del Papa Celestino VI a todos los hombres**, Giovanni Papini (págs. 454 a 457); **Medios especiales para la instauración del Reino de Cristo**.—Pío XI. Encíclica «*Ubi arcano Dels*». Fragmentos (págs. 458 y 459); **Pastoral de los Obispos holandeses con motivo del Congreso de Amsterdam** (págs. 461 y 462) **Bolonia y Amsterdam buscan la unión**, P. Ignacio Ortiz de Urbina, S. J. (pág. 463).

A LA LUZ DEL VATICANO: **Ante la Festividad del DOMUND**, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 460 y 461).

DE ACTUALIDAD: **Necesidad de difundir la Doctrina Católica**.—**La misión de Europa en el Mundo**.—«**El Papado ha muerto**».—**Atropellos judíos a los católicos de Palestina**, por J. O. C. (pág. 464).

su Corazón brotarán para salvación, no sólo de los individuos, sino de la misma sociedad.

Para garantizar la realidad de su misión sobrenatural y hacerla a todos patente, le otorgará el Señor, una tras otra, gracias maravillosas y de diverso orden, que irán marcando el paso de Dios en el transcurso de su vida; pero, sobre todo, señalará a su escogida con una señal más preciada, previniéndole desde un principio que «no habrá para ella goce alguno que no esté sellado con la cruz». En efecto, las mismas alegrías celestiales de que su alma se verá inundada habrán de ser, por permisión divina, ocasión de los más acerbos y prolongados sufrimientos.

Sabido es que, antes de Santa Margarita María, algunos regalados devotos del Salvador crucificado recibieron luces especiales para penetrar en el Corazón de Cristo por la ancha herida de su costado abierto, y en él aprendieron los caminos de la santidad y aun lograron despertar ciertas corrientes de devoción a este Corazón santísimo; pero tales manifestaciones apenas tuvieron influencia en los siglos XVII y XVIII para que en la Iglesia se difundiera la práctica de tan salvadora devoción. No habían recibido el encargo de revelar al mundo la virtud que encierra y que ellos mismos apenas pudieron entrever.

El discípulo amado del Corazón de Cristo, San Juan Evangelista, apareciéndose a Santa Genutrudis le había confiado: «A la Iglesia naciente, tuve la misión de manifestarle el Verbo increado del Padre por sólo la palabra: ésta, bastará hasta el fin de los tiempos para satisfacer a la inteligencia de los hombres, aunque nadie llegará a comprenderla plenamente. Pero la elocuencia de estas divinas pulsaciones (del Corazón de Cristo), a los últimos siglos está reservado escucharlas; el mundo envejecido las oír y su amor a Dios entibiado arderá con renovado ardor al contacto de la ternura de un Dios» (2).

Sí, la fuente que brota del alma de Santa Margarita María bajo la presión del mismo Jesús mostrándole su Corazón divino es la que ha alimentado el río de esperanza y de caridad cuyos torrentes misericordiosos bañan al mundo para lavarlo, como en un nuevo bautismo.

Trasladémonos, por tanto, a Paray le Monial y oigamos el celestial mensaje, que si Margarita María tuvo la dicha de recibir, para nosotros y para el mundo entero le fué comunicado.

LAS REVELACIONES

Nos hallamos en la segunda mitad del siglo XVII. Año 1672.—La hermana Margarita María ha cumplido los 24 de su edad y cuenta sólo dos desde su entrada en el Monasterio, que va a recibirla definitivamente en la solemnidad de la profesión religiosa.

«Fué entonces —nos dirá ella— cuando su bondad me descubrió la mayor parte de las gracias que había determinado hacerme, sobre todo en lo que concierne a su amable Corazón.»

¿Qué le ha manifestado su divino Maestro? Y, sobre todo, ¿qué ha entendido ella de todo lo que en esa misteriosa visión de conjunto le ha sido ahora descubierto? El Corazón de Jesús, en sucesivas apariciones, le irá aclarando sus designios de amor y concretando sus promesas salvadoras, pero hasta 1688 no habrá llegado a conocer claramente todos sus deseos. El Señor no obra con prisas; su lenta preparación previene los hechos, revistiéndolos de toda la majestad que conviene al que ha de ser uno de los acontecimientos más importantes de la historia universal.

Y así comienza el Salvador divino a mostrarle un día la llaga de su costado, que le ofrece como lugar de su per-

petua morada, y hasta principios de 1673 no tiene Margarita María la primera visión del Corazón. Este se le irá representando bajo distintas formas alegóricas: ahora como fuente de agua viva, luego como vergel florido. Una vez le dice al descubrirselo: «QUIERO HACERTE LEER EN EL LIBRO DE LA VIDA DONDE ESTA CONTENIDA LA CIENCIA DEL AMOR.» Palabras conmovedoras. Al transcribirlas, permítasenos recordar que en ellas encontrará un día la revelación de lo más íntimo de su vocación la «gran Santa de los tiempos modernos», en frase de Pío XI, Teresa de Lisieux. La que tan maravillosamente ha penetrado el Corazón de Dios; la que, guiada por su divino Espíritu, que en él mora, ha mostrado a las almas débiles y pequeñas esa hoguera ardiente de amor, y les señaló el «caminito» a seguir, que ha de llevarlas hasta el abismo sin fondo de sus misericordias.

Sería detenernos demasiado si intentáramos seguir paso a paso, en todas sus diferentes manifestaciones, la acción del Corazón divino instruyendo e iluminando progresivamente a la feliz vidente de Paray. Nos acercamos al fin del año 1673. Ya el Señor la dispone para la primera gran revelación, que ha de tener lugar poco tiempo después. Oye su voz que se lamenta de que su pueblo escogido le persigue secretamente y ha irritado su justa cólera. Le muestra su Corazón, desgarrado, que no ha cesado de amarles y al que ellos han atacado; y le habla de castigos visibles con los que manifestará los pecados de aquellos orgullosos apegados a la tierra, que le resisten despreciándole por las criaturas.

La primera de las cuatro que conocemos como principales revelaciones tendrá lugar, como indica la Santa, «un día de San Juan Evangelista». Ciertamente, antes de haber conocido al Padre de la Colombière, el fervoroso y prudente jesuita, escogido por Dios para guiarle en su difícil camino y coadyuvar a su misión (3). La fecha del 27 de diciembre más probable, es por tanto, la que corresponde al año 1673. Dejemos que Santa Margarita María nos relate lo que ha visto y oído; con frecuencia, como ella misma asegura, es el divino Maestro quien le ayuda a expresar, en cumplimiento de la orden recibida, lo que le ha sido manifestado. Tocar tan sólo estas palabras sería empañar su suave y delicada simplicidad y, sobre todo, menguar la virtud de su gracia sobrenatural. Las transcribimos en su traducción literal, permitiéndonos tan sólo suprimir alguna vez lo que implique repetición de ideas o tenga menor importancia de relación con lo que nos proponemos demostrar.

Dice así la Santa:

«Una vez, estando delante del Stmo. Sacramento... me sentí toda investida de esta divina presencia... Me hizo descansar largo rato sobre su pecho divino donde me descubrió las maravillas de su amor y los secretos inexplicables de su Sagrado Corazón, que me había tenido ocultos hasta entonces... Pero en una forma tan efectiva y sensible que no me dejó lugar a duda, por los efectos que esta gracia produjo en mí...»

«Me dijo: «MI DIVINO CORAZON ESTA TAN APASIONADO DE AMOR POR LOS HOMBRES Y POR TI EN PARTICULAR QUE, NO PUDIENDO CONTENER YA MAS EN SI MISMO LAS LLAMAS DE SU ARDIENTE CARIDAD, ES PRECISO QUE LAS DIFUNDA POR TU MEDIO Y QUE SE MANIFIESTE A ELLOS PARA ENRIQUECERLES CON SUS PRECIOSOS TESOROS QUE TE DESCUBRO Y QUE CONTIENEN LAS GRACIAS SANTIFICANTES Y SALUDABLES NECESARIAS PARA APARTARLOS DEL ABISMO DE PERDICION; Y TE HE ESCOGIDO COMO UN ABISMO DE INDIGNIDAD Y DE IGNORANCIA A FIN DE QUE TODO SEA HECHO POR MI» ... »

(3) Véase: Los primeros discípulos del Corazón de Cristo. «CRISTIANDAD», núm. 101,

(2) Revelaciones Gertrudiane, t. I. p. 70.

PLURA UT UNUM

Termina esta revelación con las palabras:

«HASTA AHORA SOLO HAS TOMADO EL NOMBRE DE ESCLAVA, YO TE DOY EL DE DISCIPULA MUY AMADA DE MI SAGRADO CORAZON» (4).

Margarita María, toda arrobada en amor y sobrecogida por el sentimiento de su grande humildad, ha quedado en profundo recogimiento. Tras de los muros del Monasterio, sigue el curso normal de los acontecimientos humanos y al mundo distraído nada le revela que el designio formado en la mente divina a favor de los hombres le ha sido manifestado.

Nosotros, más dichosos, podemos ser iniciados en los divinos secretos y sabemos: 1.º La elección de la Santa para una misión que aun aparece en forma imprecisa. 2.º Que esta misión se refiere a algo encaminado a remediar los males de la humanidad. 3.º Que el remedio ofrecido tiene virtualidad suficiente para curar estos males.

Desde entonces y principalmente en los primeros viernes de mes, se le manifiesta a Santa Margarita María el Corazón divino. Dos de estas visiones dejaron mayor impresión en su alma. La primera tiene lugar, probablemente, en uno de esos viernes del año 1674, y la describe así:

«Este divino Corazón me fué presentado en un trono de llamas más resplandeciente que un sol y transparente como un cristal, con esta llaga adorable; y estaba rodeado de una corona de espinas que significaba las punzadas que nuestros pecados le producían; y una cruz encima que significaba que desde los primeros instantes de su Encarnación, es decir, desde que fué formado este Corazón Sagrado, la cruz quedó plantada en él...»

»Me hizo comprender que el deseo ardiente que tenía de ser amado de los hombres y de sacarlos del camino de perdición donde Satanás los precipita en masa, le había hecho formar este designio de manifestar su Corazón a los hombres con todos los tesoros de amor, de misericordia, de gracias, de santificación y de salvación que encierra, a fin de que todos los que quisieren devolverle y procurarle todo el amor, honor y gloria que estuviere en su poder, les enriqueciese con abundancia y profusión de estos divinos tesoros del Corazón de Dios, de los que era la fuente, el cual debía honrarse bajo la figura de este Corazón de carne, cuya imagen quería que fuese expuesta y llevada sobre mí y sobre el corazón para imprimir en él su amor y llenarle de todos los dones de que está lleno y para destruir todos los movimientos desordenados, y que por todas partes donde esta imagen fuese expuesta para ser honrada, derramaría sus gracias y bendiciones, Y QUE ESTA DEVOCION ERA COMO UN ULTIMO ESFUERZO DE SU AMOR QUE QUERIA FAVORECER A LOS HOMBRES EN ESTOS ULTIMOS SIGLOS CON TAL AMOROSA REDENCION, A FIN DE LIBRARLOS DEL IMPERIO DE SATANAS, EL CUAL PRETENDIA ARRUIINAR, PARA PONERLOS BAJO LA SUAVE LIBERTAD DEL IMPERIO DE SU AMOR QUE QUERIA RESTABLECER EN EL CORAZON DE TODOS LOS QUE QUISIERAN ABRAZAR ESTA DEVOCION» (5).

El Señor, al dar a conocer la devoción salvadora, atrae nuestra atención hacia el objeto sensible de la misma: el corazón de carne que, mostrándose a la Santa con los signos de la Pasión Sagrada, se le descubre, según parece, separado esta vez de la persona.

Una manifestación toda de amor precede a las palabras finales en que se marca ya el fin, no sólo individual, sino social, de las Revelaciones de Paray. Cuando haya llegado el tiempo oportuno, cuando la revolución francesa haya hecho oír al mundo el grito de la impiedad

social y organizada, se comprenderá toda la fuerza de esas palabras y se oirá en la Iglesia un clamor universal que al repetir, suplicante y confiado, las palabras que nos enseñara el divino Maestro: «VENGA A NOS EL TU REINO», añadirá, como presagio y anticipo de una grande y próxima alegría: ¡Viva Cristo Rey!

Y su reino vendrá por la devoción a su Corazón Sagrado. A una época de materialismo ha contrapuesto el Salvador un signo material; si el materialismo es la muerte del espíritu, este Corazón es la vida, porque en él está la gracia, las virtudes teologales: allí la fe, la esperanza y la caridad; allí, sobre todo, el Espíritu de Dios que reverbera en llamas de amor. Ese amor que le impele a realizar un último esfuerzo encaminado a una nueva «redención». Quiere librar a todos los hombres y, por tanto, a la sociedad entera del imperio de Satanás, lo cual habrá de realizarse por la devoción a su Corazón amable. En el programa divino, el fin y los medios se concretan ya claramente.

Después de otra aparición en que el Soberano Amante reitera su queja ante la ingratitud de los hombres y reclama su correspondencia, pidiendo a su amada confidente la comunión de los primeros viernes, la hora santa... tiene lugar un hecho de gran importancia en la vida de la Santa y en el desarrollo de los acontecimientos.

Entre los meses de febrero y marzo de 1674 conoce Margarita María al Padre de la Colombière, hombre de eminente virtud y dotado por Dios de un don nada común para el discernimiento de espíritus. La Santa, que desde hace algún tiempo sabe de las grandes luchas y ansiedades que causa a su alma la incompreensión de los que, con mejor voluntad que acierto, intentan dirigirla en los caminos extraordinarios que Dios le va marcando, ha oído claramente la voz divina que le dice: «ESTE ES EL QUE YO TE ENVIO.» El Padre de la Colombière será, en efecto, el elegido por Dios para conocer los secretos que revela a su amada discípula y propagar, el primero, la devoción salvadora.

Así las cosas, llega el mes de junio de 1675; en el día 13 recae aquel año la fiesta del Stmo. Sacramento. Oigamos de nuevo a la Santa:

«Estando una vez delante del Stmo. Sacramento, un día de su octava (6), recibí de mi Dios gracias excesivas de su amor, y me sentí movida del deseo de corresponderle de algún modo y de devolverle amor por amor. Y me dijo: «NO PUEDES DEVOLVERMELO MAYOR QUE HACIENDO LO QUE TANTAS VECES TE HE PEDIDO.» Entonces, descubriéndome su Corazón divino: «HE AQUI ESTE CORAZON QUE TANTO HA AMADO A LOS HOMBRES, QUE NO HA PERDONADO NADA, HASTA AGOTARSE Y CONSUMIRSE PARA DEMOSTRARLES SU AMOR. Y EN RECONOCIMIENTO NO RECIBO DE LA MAYOR PARTE SINO INGRATITUDES, POR SUS IRREVERENCIAS Y SUS SACRILEGIOS Y POR LAS FRIALDADES Y MENOSPRECIOS QUE TIENEN PARA CONMIGO EN ESTE SACRAMENTO DE AMOR. PERO LO QUE ME ES AUN LO MAS SENSIBLE ES QUE SON CORAZONES QUE ME ESTÁN CONSAGRADOS LOS QUE ASI ME TRATAN. POR ESTO TE PIDO QUE EL PRIMER VIERNES DESPUES DE LA OCTAVA DEL SANTISIMO SACRAMENTO SE DEDIQUE A UNA FIESTA PARTICULAR PARA HONRAR MI CORAZON COMULGANDO ESE DIA Y REPARANDO SU HONOR CON UN PUBLICO DESAGRAVIO, A FIN DE EXPIAR LAS INJURIAS QUE HA RECIBIDO DURANTE EL TIEMPO QUE HA ESTADO EXPUESTO EN LOS ALTARES. TE PROMETO ADEMAS QUE MI CORAZON SE DILATARA PARA DERRAMAR CON ABUNDANCIA LAS INFLUENCIAS DE

(4) Vie et Oeuvres, t. II.

(5) Carta al P. Croiset, 3 novbre. 1689.

(6) Aunque según parecer de Mgr. Bougaud esta revelación tuvo lugar el 16 junio 1675, lo único cierto es lo que la Santa dice refiriéndose a la fiesta del Stmo. Sacramento: «un día de su octava».

SU DIVINO AMOR SOBRE LOS QUE LE RINDAN ESTE HONOR Y QUE PROCUREN QUE LE SEA RENDIDO» (7).

»Y contestando que no sabía cómo poder realizar lo que deseaba de mí desde hacía tanto tiempo, me dijo de dirigirme a su siervo que me había enviado para el cumplimiento de este designio. Y habiéndolo hecho, me ordenó éste que pusiera por escrito lo que le había dicho concerniente al Sagrado Corazón de Jesucristo.»

PRENUNCIO DE VICTORIA. CRISTO-REY

La lectura de lo que antecede puede dar una idea del origen del gran movimiento que con impulso irresistible lleva a las sociedades cristianas hacia la devoción al Corazón de Cristo.

Pero esta idea quedaría del todo incompleta si al repasar los escritos de Santa Margarita María no recogiéramos en ellos una afirmación a la que da la santa tal fuerza y valor que innumerables veces se encuentra repetida en ellos.

«REINARE —le decía el Señor— A PESAR DE MIS ENEMIGOS Y DE TODOS LOS QUE A ELLO SE OPOSTRAN» (8). Era la voz que le alentaba.

«Cuando Satanás suscitaba oposiciones y contradicciones (en la propagación de esta devoción), que al principio han sido mayores de lo que pudiera decir, su bondad me levantaba el ánimo con aquella amorosa palabra que infundía en mí una confianza y seguridad inquebrantables: «¿QUE TEMES? REINARE A PESAR DE SATANÁS Y DE TODO LO QUE A ELLO SE OPONGA» (9).

»Esta palabra me transporta de alegría y constituye todo mi consuelo (10).

»Quiere (el Señor) apartar a las almas del camino de perdición. Pero no quiere pararse aquí: tiene aún designios mucho mayores que sólo puede ejecutar su omnipotencia, la cual puede cuanto quiere. Desea entrar con pompa en las casas de los Gobernantes y de los Reyes, estar pintado en sus estandartes y grabado en sus armas (11).

»Quiere establecer su imperio por la dulzura y suavidad de su amor y no por los rigores de su justicia» (12).

Como ya se ha indicado, este carácter social de la promesa no se comprendió plenamente hasta que llegó el momento oportuno previsto por Dios en su Providencia.

El gran predicador de Nuestra Señora de París, el Padre Félix, parece ser quien comenzó a exponer y desarrollar esta idea. Contemporáneo suyo, el Padre Ramière la infundió en sus obras y la plasmó en sus escritos, donde se concreta el fin individual y social de las Revelaciones de Paray, que no es otro que el Reinado de Cristo.

A mediados del siglo XIX, la Iglesia comenzó a hablar por boca de sus Pontífices, cuyas palabras alientan al mundo, abocado ya a las más grandes catástrofes y envuelto en negro pesimismo.

Así, León XIII consagra el mundo entero al Corazón divino, y de esta consagración, que considera «el acto más grandioso de su Pontificado», espera la salvación de la humanidad. Pío XI completa y perfecciona el acto instituyendo la fiesta de CRISTO REY, que tiene una íntima conexión con la devoción al Corazón divino y es su coronamiento y término. Mientras el Pontífice felizmente reinante, Pío XII, le consagra su Pontificado.

«DILE DE MI PARTE AL PADRE DE LA COLOMBIERE —había encargado el Señor a Santa Margarita— QUE HAGA CUANTO PUEDA POR EXTENDER ESTA DEVOCION Y DAR ESTE CONSUELO A MI CORAZON DIVINO. QUE NO SE DESANIME ANTE LAS DIFICULTADES, PUES DEBE SABER QUE AQUEL ES TODOPODEROSO QUE DESCONFIA ENTERAMENTE DE SI MISMO PARA CONFIAR UNICAMENTE EN MI» (13).

Si bien es verdad que la promesa del Reinado de Cristo no es una promesa condicionada, sino que adquiere carácter de profecía, y ella se cumplirá, no es menos cierto que de cada uno de nosotros puede depender, en mayor o menor grado, que se adelante el día de su feliz realización.

¿Por qué no dar amplia expansión a un santo y sobrenatural optimismo y orientar hacia esta idea del Reinado de Cristo toda la ilusión de nuestra vida?

«¡Dichosos —dice la santa— aquellos de quienes será servido para establecer su imperio! Paréceme que El es semejante a un rey que no piensa en dar sus recompensas mientras va haciendo sus conquistas y triunfando de sus enemigos, pero sí cuando reina victorioso en su trono.

»El adorable Corazón de Jesús quiere establecer su reinado de amor en todos los corazones, y destruir y arruinar el de Satanás. Paréceme lo desea tanto que promete grandes recompensas a cuantos de buen grado se apliquen a ello con todo su corazón según el poder y las luces que les dará. No temamos, pues, el trabajo y los padecimientos que se encuentren en esta santa obra...

»Pero es ésta una devoción que no quiere ser forzada ni impuesta. Basta darla a conocer, y después dejar al divino Corazón el cuidado de penetrar, con la unción de la gracia, los corazones que se ha destinado para sí. ¡Felices los que serán de este número!» (14).

Terminamos con las palabras del Padre Ramière: «Sois ciertamente de los llamados; a vosotros toca decir si queréis ser del número de los escogidos. Ya que el Todopoderoso se complace en necesitar de nuestra cooperación, no se la rehusamos. Es necesario que el Corazón de Jesús cuente con brazos auxiliares. Es necesario que todos los amantes de Dios y de su Iglesia se unan estrechamente en el Corazón divino, para orar unánimemente con El por el establecimiento de su Reino; y así como los enemigos de Jesucristo han formado para luchar contra El una liga de odio que abraza los dos hemisferios, es preciso que les opongamos una gran liga de caridad que abrace todo el universo» (15).

Maria-Luisa de Aranzadi

(7) Escritos autobiográficos.

(8) Cart. al P. Croiset, 15 septiembre 1689.

(9) Carta a la Hna. Joly, de Dijon, 28 agosto 1689.

(10) Carta a la Madre de Saumaise, de Dijon, 17 junio 1689, después de la fiesta del Sdo. Corazón.

(11) Carta a la M. Saumaise, Dijon, 17 junio 1689.

(12) Carta a la Hna. Joly, Dijon, 28 agosto 1689.

(13) Retraite Spirituelle du P. de la Colombière, Lyon, p. 251.

(14) Carta a la Hna. Joly, Dijon, 10 abril 1690.

(15) El Apostolado del Sdo. Corazón. Meditaciones y consideraciones. P. Ramière, S. J. — Primer Apéndice, p. 248.



«¡Quanti mercenarii in domo patris sui abundant panibus...!»

(St. Lc. 15,17)

Por el P. FÉLIX, S. J.

Fué el P. Félix el sucesor del famoso dominico P. Lacordaire en la cátedra sagrada de Notre Dame de Paris. No dotado tal vez de la elocuencia y del prestigio de su antecesor, temieron algunos su fracaso, pero se impuso por la nitidez de su doctrina y la austera convicción de su fe, de suerte que, de 1854 a 1870, le mantuvieron sucesivamente en su cargo tres arzobispos.

Notable es el elogio que el P. Ramière tributa en «Les espérances de l'Eglise» a nuestro Padre: «Hay de nuestra parte cierta temeridad al emprender una demostración que ha sido llevada a cabo, con incomparable esplendor, en la primera cátedra de Francia. ¿Qué son en efecto estas aspiraciones generosas de la sociedad moderna, sino elementos de este progreso social que el orador de Notre Dame ha demostrado con tanto acierto ser fruto exclusivo del cristianismo? Tendríamos pues el derecho de remitir a nuestros lectores a estas elocuentes conferencias...» (p. 210).

CRISTIANDAD se complace en acudir hoy de nuevo (1) a las magníficas conferencias del P. Félix en Notre Dame para entresacar de ellas algunos fragmentos interesantísimos que expresan, con la claridad y la exactitud acostumbradas, la idea central de este número: «La sociedad, hastiada en su destierro, lejos de Cristo, va buscando una unidad, que sólo en Cristo podrá hallar».



Ego Dominus et non est alter

«Todo poder se me ha dado en el cielo y en la tierra; id pues, enseñad a las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: lo que ligareis en la tierra, será ligado en el cielo y lo que desatareis en la tierra será desatado en el cielo.» (...) De este modo Jesucristo crea la soberanía de las almas, que él mismo ejerce. Puesto en medio de los siglos, dice: mi reino son las almas del Oriente, las almas del Occidente, las almas de todas las extremidades del mundo. Sí, yo —el Hombre Dios— soy el Señor de las almas, y no hay otro: *Ego Dominus et non est alter*.

Esta soberanía personificada en El, la ha constituido y encarnado Jesucristo en su Iglesia para gobernar a las almas hasta las extremidades de la tierra y hasta el fin del mundo. Hay en el mundo una soberanía de las almas, y esa soberanía reside en la Iglesia nuestra Madre por Jesucristo nuestro Señor. Esta soberanía es una, es incomunicable, es privilegio y propiedad de la Iglesia. Los filósofos, los potentados y los legisladores podrán disputársela; pero a pesar de eso subsistirá eternamente tal como Dios la ha hecho, y seguirá siendo la autoridad dada a la Iglesia por Jesucristo nuestro Señor para el gobierno de las almas (...).

Ego autem constitutus sum Rex

Hemos definido la autoridad social como «el poder de crear la sociedad». Conforme a esta noción tan sencilla como incontestable, Jesucristo era la grande autoridad social en el mundo cristiano. Las sociedades cristianas eran, literalmente hablando, obra suya; porque las había creado, no de la nada, como creó el mundo en la creación primera, sino de sí mismo y por sí mismo, llenándolas con su vida, para formarlas y asociarlas a su gloria. Nunca ha habido príncipe en el mundo que haya podido decir en una nación con el mismo derecho con que Jesucristo, padre y creador de los siglos nuevos, podía y puede decir hoy todavía, en medio de las naciones cristianas: *Ego autem constitutus sum Rex*: el Rey constituido por mi Padre en los siglos cristianos soy yo: las naciones cristianas son obra mía: yo soy su creador y

por lo tanto soy su señor y su soberano: cristianos, todo es para vosotros, *omnia vestra sunt*; pero vosotros sois de Cristo como Cristo es de Dios. *Vos autem Christi, Christus autem Dei*. Sí, nosotros todos pertenecíamos a Jesucristo, porque salíamos de Jesucristo. En el mundo cristiano todo emanaba y todo se derivaba de nuestro Cristo: su pensamiento estaba en nuestras inteligencias, su moral en nuestras costumbres, su caridad en nuestras instituciones, su justicia en nuestras leyes, su nombre en el nuestro, su acción en nuestra historia, su culto en nuestra religión, su bandera en nuestra sociedad y su autoridad en nuestra obediencia. Jesucristo en la sociedad cristiana se encontraba, pues, en su propiedad. Pero, ¿qué digo? no era sólo el Señor en las sociedades cristianas; era la vida que las animaba, y como centro de ese nuevo mundo que había salido de él y vivía de él, clamaba desde en medio de los siglos cristianos a las sociedades cristianas que gravitaban en torno suyo: Cristo es vuestra vida.

In propria venit et sui eum non receperunt

Y ahora bien, señores, ¿qué han hecho las sociedades modernas con su creador divino? Apartarlo de sí, poner al Señor fuera de la ley, fuera de la constitución, fuera del gobierno. Nunca han tenido un cumplimiento más solemne ni más público aquellas palabras de San Juan: *In propria venit et sui eum non receperunt*. Los legisladores, los reformadores, los nuevos constituyentes de la sociedad europea le han dicho con ingrata indiferencia: *Recede a nobis*. «Retírate, que no te conocemos; que te adore el creyente, allá en el fondo de su corazón, si le place: la sociedad ya no tiene Dios; nuestras leyes, nuestras instituciones y nuestros gobiernos son humanos: todo es humano para nosotros los pueblos modernos, que para nada tenemos en cuenta lo divino. Nosotros no conocemos más que hombres que obedecen y hombres que mandan; y para organizar el mando y la obediencia tenemos constituciones inventadas por el genio de nuestros grandes hombres.» Jesucristo, viéndose así proscrito, llamaba a la puerta de los palacios de las leyes, de las asambleas deliberantes y de los gabinetes de los reyes, y les decía: «Mirad que vuestras leyes y vuestras instituciones proceden de mí, que vuestra igualdad, vuestra fraternidad y vuestra libertad, en cuanto son ciertas, son herencia mía; que el progreso que habéis hecho y que queréis hacer aún,

(1) Vid. n.º 95 de CRISTIANDAD.

no puede hacerse sin mí. ¿Por qué me alejáis de vosotros? ¿Por qué me rechazáis de vuestro lado?» Pero el espíritu moderno sentado en las poltronas de los legistas, de los académicos, de los parlamentarios, de los legisladores y de los constituyentes, a quienes él mismo inspiraba en esos momentos, le respondía: «Nosotros no te rechazamos, sino que te dejamos: tu tiempo se acabó ya; ahora empieza una nueva era, en que las sociedades son ya demasiado grandes para que quepan dentro de ti, que no estás hoy a su medida. El siglo te agradece todo lo que has hecho para la crianza y la educación de nuestras sociedades; pero la niñez y la adolescencia pasaron ya: el mundo nuevo ha llegado a la edad viril: él se sirve a sí mismo de señor y de guía, y se siente bastante fuerte para andar su camino y para llenar su misión. Continúa, si así lo quieres, tu reinado invisible en el misterio de las almas; pero no nos pidas un reinado ostensible ni un culto social, porque la sociedad moderna no te reconoce, y de hoy en adelante lleva en sí misma su autoridad, su religión y su Dios.»

Así ha hablado el espíritu moderno, o, como hoy se dice, el espíritu humano. En verdad que es un espíritu que habla divinamente. Y como posee el secreto de crear palabras soberbias para dar a sus errores una magnífica consagración, a esa manera de tratar a Jesucristo en pleno cristianismo se la llama *secularizar*; palabra ingeniosa, a la que no le falta ni profunda intención ni habilidad: secularizar, que es como si dijéramos: quitar a Jesucristo y a la Iglesia todo lo que es del uno y del otro, y dárselo a un ser impersonal, ávido, rapaz, antipático a Jesucristo y a la Iglesia, que se llama el siglo: es decir, el estado de la sociedad que no reconoce ya a Cristo, ni a los sacerdotes, ni a los cristianos: eso es lo que el espíritu humano llama *secularizar*. (1859. El progreso Social por medio de Jesucristo que es la autoridad.)

«El progreso es la voluntad del Siglo»

El Progreso es hoy, en el genuino sentido de la palabra, la resolución unánime de los hombres del siglo XIX. Todo el que manifiesta una voluntad contraria a ella tiene una voluntad necesariamente impopular, y se denuncia a sí mismo a la impopularidad. Esto es tan cierto y es tal el favor de que hoy goza el Progreso, que cuando un partido político, una escuela filosófica o una secta literaria quiere ganar por asalto las simpatías del siglo, esta secta, esta escuela, este partido, se apodera de aquel nombre y se rodea de aquel prestigio. «Somos, dicen, la escuela del Progreso; somos la filosofía del Progreso; somos el partido del Progreso; somos los hombres del porvenir.» Por el contrario, cuando queréis atraer sobre un partido, sobre una escuela o sobre una institución la impopularidad y el desprecio no hacéis más que motejarlos con esa palabra mil veces despreciada y mil veces impopular en nuestra época: *Retrógrados*. ¡Ah!, consiste eso en que sentís en el movimiento que arrastra consigo las voluntades, las pasiones y las ideas, que el que pretende poner obstáculos al Progreso tiene en contra suya, además de la voluntad universal, todo el imperio del siglo. No hay en el día voluntad más general ni más absoluta en el seno de las masas que la de realizar el Progreso. El Progreso lo quiere el pobre y el rico, el sabio y el ignorante, el príncipe y el pueblo, lo quiere la Francia, lo quiere la Europa entera; pero, ¿qué digo? Aunque en diversos grados, todo el mundo lo quiere. Hay divergencia respecto al modo de realizarlo; pero todos están conformes respecto a quererlo. La verdad lo llama y el error lo pide; el bien lo saluda y el mal lo proclama; es la bandera de los partidos más opuestos y de las ambiciones más encontradas; y valiéndome de una expresión célebre en nuestros días, el Progreso tiene en favor suyo

el *sufragio universal*. Si no es aún rey del presente está ya aclamado rey del porvenir. Digo mal. Aun al presente no hay voluntad de Príncipe, de Rey o de Emperador, que reine en sus dominios como esta voluntad de las naciones reina hoy en el universo (...). Paréceme oír a las naciones de Europa enviándose unas a otras, desde los cuatro vientos del cielo, estas palabras, que han llegado a ser el decreto de su universal y soberana resolución: «El Progreso es la *voluntad del siglo*» (1856. La cuestión del Progreso.)

«Et ibi dissipabit substantiam suam vivendo luxuriose...» (St. Lc. 15,13)

El hombre, dice el santo, al desprenderse de Dios se concentra en sí mismo y se dedica a amarse con todo el amor que niega a Dios.

Este es el orgullo en su nacimiento; el amor que, separándose de Dios y haciendo refluir sobre sí mismo esa aspiración que siente la necesidad de lo infinito, dice: «Yo, yo lejos de Dios, yo separado de Dios», y al fin dirá: «Yo, que soy Dios.»

Esto es lo que por excelencia podemos llamar el impulso satánico en la humanidad. He visto a Satanás cayendo del cielo con la rapidez del rayo: *vidi Satanam sicut fulgur de caelo cadentem*. Y yo he visto a la humanidad arrastrada por el orgullo bajo este impulso de Satanás. «Así como cuando viene por tierra un gran edificio destruye a otro más pequeño, si cae sobre él, del mismo modo, dice el gran Bossuet, el espíritu soberbio, al caer del cielo, vino a dar sobre nosotros, y nos envuelve con él en su ruina.» «Y al caer así sobre nosotros, dice San Agustín, nos comunica un movimiento semejante al que produjo su caída: *Unde cecidit inde dejecit*.»

A la luz de la Sagrada Escritura que se refleja en estos dos grandes genios descubris por completo la caída del hombre; veis que el principio de toda decadencia aparece con claridad en el nacimiento del orgullo que separa al hombre de Dios para precipitarlo sobre sí mismo, y reconocéis en el fondo del orgullo humano el obstáculo que se opone a todo progreso.

Comprendido de esta manera, el orgullo comienza por la separación de Dios y viene a ser el principio de toda decadencia humana; porque el principio y el origen de ésta es el mal que nace en el hombre mismo, dado que así como el progreso moral consiste en caminar en el bien, la decadencia moral consiste en caminar en el mal. (1857). El orgullo como obstáculo al Progreso.)

«Et cupiebat implere ventrem suum de siliquis quas porci manducabant...» (St. Lc. 15,16)

Señores, no vengo a erigirme en profeta ante vosotros; pero nadie me puede impedir que apoye mis previsiones hipotéticas con la misma fuerza de las cosas; y sea la que quiera la razón secreta la que a ello me mueve, necesito deciros, con esa independencia que caracteriza mi ministerio, lo que, por un orden regular, debe esperarse para el porvenir, si creciendo de día en día el imperio de la fuerza material, no crece al mismo tiempo entre vosotros, de un modo proporcionado, el imperio de la fuerza moral (...).

El curso de los sucesos anuncia, y la naturaleza profetiza de un modo evidente, que, a menos que una gran catástrofe no venga a destruir violentamente esta marcha de la industria o no abra de una manera inesperada, entre el presente y el porvenir, un abismo donde se sepulte el progreso material con sus instrumentos reducidos a polvo, este movimiento seguirá una progresión prodigiosa; porque como la fuerza material de que el hombre dispone va siendo mayor de día en día, esa toma de posesión de los poderes de la naturaleza puede verificarse

con una aceleración tal, que a la imaginación le cueste trabajo seguirla, y la mente más tranquila no pueda calcularla sin espanto. Sí, señores, todo el que piense con alguna gravedad debe mirar con horror ese porvenir; porque ese engrandecimiento progresivo de las fuerzas materiales dará por resultado necesario disminuir la fuerza del hombre respecto a ellas; porque cuanto más se ensancha en derredor nuestro el poder de la materia, tanto más débil y más pequeño se siente el hombre ante ese poder, aun cuando lo engrandezca bajo algún aspecto. Otro resultado no menos inevitable tiene ese engrandecimiento de las fuerzas de la naturaleza, y es que restringe el imperio de nuestra libertad bajo el imperio creciente de su fatalidad. Cuando el hombre desarrolla, por medio de la industria, las fuerzas de la materia, no sólo les da proporciones cada día mayores que lo rebajan respecto de ellas, sino que también les da un dominio sobre él mismo, que, quiera o no quiera, se ve obligado a acatar. Las fuerzas de la naturaleza son de tal índole que, al desenvolverse, obran sin libertad, y, dadas ciertas condiciones, su expansión es tan inevitable como fatal y domina, a su vez, a la libertad humana que las puso a su servicio; de modo que cuanto más extiende el hombre el cetro de su poder y el imperio de su libertad sobre las fuerzas de la materia, menos poderoso y libre se queda para defenderse contra esa materia que él mismo ha subyugado. (...)

Señores, yo no digo que la ciencia sea una espada que nos hiera, un arma que nos mate necesariamente. No creáis eso. Yo no soy de los que dicen: La humanidad, con sus progresos en la ciencia, camina de un modo fatal a su ruina, se eleva para precipitarse; y si arranca de la naturaleza el secreto de sus fuerzas, es para caer bajo sus golpes, como *cayó Prometeo herido del rayo por haber robado el fuego del cielo*. La ciencia en sí misma es buena; es una irradiación de Dios en el hombre; no es, por su propia naturaleza, una desgracia, ni un desastre, ni una ruina: es sólo un poder; pero, preciso es confesarlo, es un poder terrible (...).

Pero ya os oigo decir: la humanidad será prudente, no presuntuosa ni temeraria; marchará con discreto paso por las orillas de los volcanes, sin ir a buscar en el fondo de sus cráteres los secretos que le den muerte. Quiero concederle: quiero suponer que el hombre será hábil; que conocerá las fuerzas de la naturaleza y no se equivocará en cuanto a la extensión de su poder. Mas aquí se presenta otra cuestión. Aun conociendo el hombre esas fuerzas de la materia; aun conociéndolas sin equivocarse y pudiendo computar con un cálculo exacto sus esfuerzos naturales, ¿no tendrá la *voluntad* de abusar de ellas? Y si abusa, ¿qué sucederá entonces? Señores, en vano quisiera nuestra ciega seguridad apartar esta cuestión, que a nuestro pesar se plantea por sí misma ante el presente y ante el porvenir. Cuando la industria haya llegado a dar al hombre esos recursos que hoy no conoce, pero que presiente sin conocerlos; cuando los velos misteriosos que nos impiden ver caigan de los ojos de vuestros hijos, que a su vez se asombrarán de la ignorancia de sus padres, entonces los hombres que vean lo que nuestros ojos no ven, que sepan lo que nosotros no sabemos, que toquen lo que nosotros no tocamos, que extiendan, en fin, su mano sobre tantas fuerzas que vuestro genio no conoce, ¿no se precipitarán a su ruina a causa de su poder mismo? Tan fuertes para destruir como para crear, tan poderosos para asesinar como para salvar, ¿no se matarán a sí propios en horrible carnicería? *Tal vez*, y ese «tal vez» de la decadencia, ese «tal vez» de la ruina, dependerá de una sola cosa: *del legítimo uso o del abuso de la libertad humana* (...).

Y lo que nunca se ha visto es lo que podrá ver el porvenir: pueblos enteros aniquilados en pocos días. Sí, señores, si la humanidad en masa, con las incalculables

fuerzas que la industria pone en su mano, llega a abusar de su libertad, el mundo verá quizá lo que nunca ha visto: naciones asesinadas en tres días por unos cuantos civilizados que se han armado con los poderes de la naturaleza para destruir a los hombres. (1857. Necesidad del progreso moral.)

El reino del amor ha de renovar la tierra. Este reino de Dios lo está llamando el siglo

Señores, ¿quién volverá a levantar a la humanidad? ¡Ah!, tan sólo el poder que la pudo levantar hace cerca de dos mil años. El amor de Jesucristo es el que, apoderándose otra vez de los corazones de los hombres, los llevará al corazón de Dios y, allanando el obstáculo que nos detiene, volverá a abrir delante de nosotros la carrera del progreso, a que la concupiscencia ha cerrado el paso. Ese es el reino de Dios, que ha de renovar la tierra: bien lo veis, es el reino del amor; es el amor divino que está llamado a triunfar una vez más de nuestra humanidad egoísta, y que uniendo a Dios en él, y por él los corazones de los hombres y todos los corazones entre sí, inaugurará entre nosotros un nuevo engrandecimiento y un nuevo progreso. ESTE REINO DE DIOS LO ESTA LLAMANDO EL SIGLO, LO ESTA PREPARANDO LA PROVIDENCIA, LO ESTA ESPERANDO LA HUMANIDAD (2), y mi palabra, interpretando las esperanzas de mi corazón, se atreve a profetizarlo.

Yo he fijado mi vista en este siglo que va descendiendo día por día; ¿y qué es lo que he visto en él, Dios mío? ¡Ah! He visto un mundo de desolación, lleno de corazones amantes, fraternales y generosos, que padecen un mal inmenso y no saben dónde reposar: he visto en el fondo de estos corazones al amor agitándose con ansiedad y con tristeza, por no decir con desesperación. He sentido pasar un gemido que indicaba la aspiración hacia alguna cosa: gemido suave y terrible, fecundo y tormentoso a un tiempo. ¿Qué es esto? Son millones de corazones que han salido de su centro, y que dicen al pasar, en sus desordenados movimientos: Queremos amar y no encontramos el amor. Y, en efecto, ¿se ha sentido alguna vez tanto como en nuestro tiempo la respiración del amor en la atmósfera de las almas? ¿Del amor que delira, que sufre, que se queja, que se desespera, que se siente morir, porque no halla donde dar descanso a su vida? ¿Se ha oído nunca tanto como en nuestros tiempos de luchas, de conmociones y de tormentas, en las academias, en las escuelas, en los partidos, en los círculos y en los talleres, a los predicadores, los organizadores, los investigadores y los soñadores del amor? ¿Y creéis que en el fondo de todo eso no hay nada que profetice? ¿Creéis que esa respiración de las almas, ese gemido de los corazones y esos estremecimientos de un siglo en cuyo fondo se nota una conmoción mayor que la de los demás siglos, no nos anuncia nada; y que en los designios de la Providencia todo eso ha de pasar por entre nosotros como el huracán de la tormenta, sin otra misión que la de levantar y arremolinar a su paso el polvo del desierto?

Desengañaos, señores; lo que la Providencia prepara no es lo que los hombres meditan: no es una lucha entre odios fraticidas, sino una vasta expansión de fraternal amor. Lo que la Providencia nos trae, os lo digo de verdad, es una restauración y, en fin, un inmenso progreso del amor. Pero, ¿cómo se hará esa restauración? ¿cómo se llevará a cabo ese progreso? Por el poder de ese amor que todo lo restaura en el cielo y en la tierra: por el poder del amor de Jesucristo.

Termina en la pág. 462

(1) Es la misma idea que desarrolla el P. Orlandis S. J. en su artículo «Sobre la Actualidad de la Fiesta de Cristo Rey». CRISTIANDAD n.º 3 - Reproducido en el folleto «Hacia el cuarto año jubilar» pág. 63.

«Las Esperanzas de la Iglesia»

Por el P. Enrique RAMIÈRE, S. I.

Para la mejor inteligencia de los fragmentos que a continuación transcribimos, damos un brevisimo resumen de la situación histórica en el tiempo de la publicación de «Les Espérances de l'Eglise». Estos fragmentos están extractados de la Introducción a la segunda edición, en 1866. La primera se dió a la publicación en 1862.

Grande fué el cambio que en el espacio de pocos años sufrió la situación del mundo y de la Iglesia. En 1854, con la definición dogmática de la Inmaculada Concepción, concibieron los fieles grandes esperanzas y un gran optimismo se extendió por toda la Iglesia, muestra clara del cual es el fragmento de la Bula de Pío IX, que en el texto se cita. Pero cinco años más tarde, con la guerra de Francia y Piamonte contra Austria, comienza para la Iglesia el «crucifigatur». El Rey del Piamonte se apodera del Norte de Italia, desposeyendo a los legítimos príncipes. A pesar de la excomunión del Papa a todos aquellos que atacaren los Estados Pontificios, los piamonteses, de acuerdo con Napoleón, los invaden y promueven en ellos sublevaciones. En 1860 es derrotado Lamoricière, general pontificio, en Castelfidardo, pasando Las Marcas a poder del Piamonte. Al mismo tiempo Garibaldi anexiona los reinos de Nápoles y Sicilia. En 1861 se proclama el Reino de Italia. El 8 de Diciembre de 1864, a los diez años justos de la definición de la Inmaculada, publicó Pío IX el «Syllabus» y la Encíclica «Quanta cura». En 1865 se traslada la capital de Turín a Florencia, bajo la coacción, casi, de Napoleón, que deseaba Roma para el Papa. En 1866, quedaba todavía pendiente la cuestión de la capitalidad italiana, que no se solucionó hasta 1870, con el horrendo crimen de la toma de Roma. Esta es la situación el año en que se dió a la luz la segunda edición del libro.

«Al hosanna sucede el crucifigatur»

A más de un lector no parecerá oportuno el momento presente para dar de nuevo a la publicidad un libro cuyo título y contenido son «Las esperanzas de la Iglesia».

Necesario es, en efecto, confesar que todos los sucesos de unos años a esta parte parecen desmentir cruelmente estas esperanzas.

El período actual de la existencia terrestre de la Iglesia recuerda aquella hora tenebrosa de la vida mortal del Salvador, cuando sus más fieles amigos dieron lugar en su corazón al desaliento y se dejaron llevar de él. Al verle entrar triunfalmente en Jerusalén, rodeado del pueblo que gritaba: *hosanna*, seguido aun por los mismos extranjeros, atraídos por su irresistible encanto; creyeron llegado el momento de restablecer el reino de Israel. Mas el encanto se disipa pronto; no son sólo los indiferentes los que se alejan; los mismos admiradores se cambian en enemigos; al *hosanna* sucede el *crucifigatur*; y el Que hace poco ha sido proclamado Rey de Israel, abandonado de todos, entregado, sin defensa, a sus verdugos, es cruelmente flagelado, clavado en una cruz, y expira entre dos ladrones.

En el espacio de algunos años hemos visto a la Iglesia atravesar períodos parecidos (...).

La derrota del error vendrá después de su triunfo

En el libro que hoy hacemos reaparecer hemos afirmado que, estudiando los caminos seguidos por la Providencia en el pasado, se hace creer que, para otorgar el triunfo a su Iglesia, espera Dios que sus enemigos hayan desplegado contra ella todo su furor, y parezca que han obtenido sobre ella completa victoria.

Así es como Jesucristo, cuya vida mortal es el tipo de la existencia terrestre de la Iglesia, ha vencido a la muerte, dejándose vencer por ella; y ha obtenido éxito completo en su misión, entregándose a merced de los verdugos.

Así es como la misma Iglesia ha triunfado de la crueldad de los emperadores romanos, de la sutilidad de las herejías, de la barbarie de los pueblos del Norte, de la tiranía de los emperadores y de los reyes cristianos; en una palabra, de todos los enemigos con los que, a través del laborioso curso de su existencia, ha tenido que luchar, a los cuales ha vencido, no desarmándolos antes del combate, sino al contrario, después de haber soportado los últimos excesos de su hostilidad y de su rabia.

Así es como en el mundo antiguo, figura del nuevo, la

raza de los servidores de Dios no ha sido salvada por el Diluvio, por la vocación de Abraham, por la salida de Egipto, por el fin de la cautividad de Babilonia, por el nacimiento, en fin, del Salvador, sino en el momento mismo en que el predominio del error y del crimen parecían no dejar ninguna esperanza a la verdad y a la virtud (...).

Ciertamente, Dios es todopoderoso y nada le impide hacer milagros; mas como su sabiduría no se separa nunca de su poder, por esto guarda un orden y sigue una ley, incluso en los actos por los que deroga el orden común de las leyes naturales. Si bien hay en sus obras una infinita variedad, reina también en ellas una admirable unidad, y no nos podemos engañar mucho si pensamos que, en esta suprema lucha, en la que la Iglesia se ve atacada a la vez por todos sus antiguos enemigos, por el cesarismo y la democracia, por la herejía, por el cisma y por la incredulidad, no alcanzará la victoria en condiciones diferentes de aquellas con que ha tenido que comprar su triunfo parcial sobre cada uno de los adversarios. Como todas las doctrinas de error que le han precedido, el anticristianismo masónico, que las resume todas en su unidad infernal, no será, probablemente, vencido por la unidad divina, sino después de haber obtenido el triunfo que persigue con tanto ardor, y que todo parece prometerle. Entonces solamente, la sociedad, que no puede ser instruída eficazmente más que por su experiencia, comprenderá el precio de la Realeza de Jesucristo y el crimen que ha cometido al rebelarse contra su autoridad (...).

«¿Creéis que este montón de huesos volverá a la vida?»

He aquí el cuadro de casi toda Europa: la inmoralidad, que corrompe los corazones, y la incredulidad, que pervierte las inteligencias, van ganando terreno; de la burguesía desciende y se infiltra en el pueblo, y en no pocos lugares, después de haber invadido a los hombres, trabaja por separar a las mismas mujeres, a los niños, a familias enteras. La profecía de Ezequiel se está realizando. Privadas de vida sobrenatural, se nos muestran las almas cual montón de resecos huesos hundidos en la tierra, e incapaces de resurrección. Este cuadro lo vemos con más claridad nosotros que algunos de nuestros hermanos.

Mas cuando Dios, como al Profeta, nos dice: Juventud de la Humanidad, ¿creéis que este montón de huesos volverá a la vida?, no todos concordamos en la respuesta. Quiénes dicen: No, Señor; imposible es ya que éstos re-

vivan; ellos mismos se han condenado a muerte; nada os queda ya, Señor, sino cubrirlos con vuestra maldición y abandonarlos a su ruina. Quiénes contestan: Señor, Vos podéis volver a la vida a algunos de estos cadáveres; mas ha de llegar primero el día en que destruyáis la muerte corporal y llaméis a vuestros elegidos a la vida eterna, para que reviva la sociedad entera y sea aniquilado el imperio del pecado y el error en la tierra, que son la muerte de las almas.

Nosotros, al contrario, respondemos: Vos solo conocéis, Señor, vuestra voluntad. Pero ya que nos interrogáis, contestaremos según las indicaciones que Vos mismo nos habéis suministrado. Puestos los ojos en vuestra infinita bondad, no en nuestros méritos, que son nulos, nos atrevemos a esperar para esta sociedad culpable, un retorno a la vida, tanto más completo cuanto más universal parece en nuestros días el reino de la muerte. Sí, Señor; apoyados en las leyes de vuestra Providencia, en la promesa de la Escritura, en los presentimientos de los santos, en la palabra, en fin, de vuestro Vicario, *esperamos con la esperanza más firme y la más entera confianza que, por el poder de la Bienaventurada Virgen María, nuestra Santa Madre Iglesia, libre de todos los obstáculos y victoriosa de todos los errores, florecerá en el universo entero, volverá al camino de la verdad todas las almas extraviadas, de arte que se constituirá un solo rebaño bajo un solo pastor.*

Esta es nuestra esperanza, ésta es la tesis cuya demostración intentaremos en este libro. Decimos lo que el Vicario de Cristo ha dicho; lo que ha dicho y nada más. Ha manifestado la seguridad de ver el triunfo de la Iglesia en todo el mundo, y el de la verdad y la virtud contra el vicio y el error; esta afirmación, que hacemos nuestra, es la que queremos demostrar (...).

«Como las bellas ruinas de espléndido edificio...»

No nos hemos contentado con expresar la esperanza de que la sociedad será llevada, por el instinto de conservación, a acercarse a la Iglesia, sino que nos hemos esforzado por facilitar su regreso. ¿Y qué hemos hecho para alcanzarlo? Lo mismo que el sabio que, estudiando la ley de las tempestades, encuentra el secreto de comunicar mayor impulso a las naves, valiéndose del viento que las iba a hundir. Hemos sometido a atento análisis los movimientos tumultuosos que agitan, en sentido contrario, el mundo moderno; y hemos descubierto ciertas tendencias generosas que, lejos de estar condenadas por la Iglesia, son manifiesto resultado de su influencia, y no pueden conseguir su completa realización sino con el restablecimiento de esta influencia. Como las bellas ruinas de espléndido edificio, que quedan en pie después del derrumbamiento, y están reclamando su reconstrucción, una multitud de ideas y de tendencias cristianas han sobrevivido al atentado, por el que ha cesado de ser cristiana la sociedad en su existencia colectiva. El cristianismo constituye la superioridad de nuestra civilización sobre las decrepitas civilizaciones del paganismo antiguo y moderno. Dios, «que ha hecho posible la salvación de las naciones», ha conservado en el seno de nuestra sociedad culpable gérmenes de vida que el espíritu del error no ha podido enteramente aniquilar, pero por cuya alteración trabaja constantemente. No nos engañáramos diciendo que, en la lucha contra la Iglesia, las armas de las que se sirve con preferencia son las que ha robado a la Iglesia.

Si esto es así, ¿cuál es el deber del defensor de la Iglesia? ¿No debemos arrancar esas armas a nuestros enemigos y servirnos de ellas para vencerlos; descubrir esos gérmenes de vida mezclados con elementos de muerte, en el caos en que la Revolución nos ha colocado; aprovechar las tendencias generosas de la sociedad moderna;

y probarle que si no se quiere condenar, renegando de sus tendencias, a una irremediable degradación, debe pedir su realización a la maternal influencia de la Iglesia? (...).

«Los errores que actualmente desvían a la sociedad moderna, contienen una mezcla de verdad»

A todos aquellos hermanos nuestros que, llevados de un deseo de conciliación loable por sus motivos, pero peligroso por sus resultados, transijan con las ideas modernas, les observamos que, bajo estas especiosas apariencias, es de la Realeza de Cristo de lo que se trata, Realeza de la que ningún cristiano puede renegar sin hacerse traidor a la fe y faltar a las promesas del Bautismo. Con toda la fuerza de nuestra alma rechazamos cualquier conciliación que no tenga en cuenta los sagrados derechos de esta Realeza divina.

Hay, sin embargo, otra reconciliación, que hemos seguido hasta ahora y seguiremos en adelante, porque nos parece ventajosa para la Iglesia y útil a las almas, como la primera peligrosa y funesta. Al igual que todos los errores, los que actualmente desvían a la sociedad moderna contienen una mezcla de verdad, por lo cual poseen el poder de arrastrar multitud de espíritus en los que todavía no ha sido del todo destruida la buena fe. Amar el error por el error; he aquí el crimen del reducido número de cabecillas que dirigen el gran ejército de los enemigos de la Iglesia; la masa, sin que por eso sea del todo excusable su apartamiento de la verdad completa, no va al error, sino atraída por ciertas verdades parciales, hábilmente mezcladas. Este es el arte del padre de la mentira y sus secuaces: hacer la mezcla; y nunca, tal vez, ha sido tan acabada su obra como en las que se llaman ideas modernas. Apenas hay una sola de las máximas por las que se formulan estas ideas, que no ofrezca un sentido aceptable; pero tienen, sin embargo, junto con este sentido relativamente verdadero, otro, por el cual tienden a la completa destrucción del Reino de Dios sobre la tierra y la radical confusión de la sociedad. Al primero de estos dos sentidos deben su poder de seducción los principios del 89; por el segundo, no han cesado, desde el día en que fueron proclamados, en su tarea revolucionaria en Europa. Distinguir cuidadosamente estos dos sentidos, que confunden, con detrimento de la Iglesia y de la sociedad, la mayor parte de nuestros contemporáneos; probar que lo que la Iglesia condena en los principios del 89 es lo que produce gérmenes de muerte para la sociedad misma; hacer comprender a nuestro siglo, tan ávido de libertad, de igualdad, de fraternidad, de unidad, de progreso, que la influencia de la doctrina cristiana, completamente restaurada, es lo único que puede asegurarle la libertad ordenada, la igualdad saludable, la fraternidad verdadera de los hombres y de los pueblos, la unidad vital y el progreso fecundo; en una palabra, atraer a la sociedad hacia la Iglesia por medio de sus nobles aspiraciones; he aquí nuestro propósito (...).

La sociedad moderna avanza hacia la Iglesia, impulsada por sus mejores instintos

Una abdicación vergonzosa, una ignominiosa retractación de su pasado; ésta es la reconciliación que los hombres predicán a la Iglesia y cuyas condiciones indican con dulzonas frases que contrastan de modo singular con sus acostumbrados rugidos. ¡Atrás esos lobos cubiertos con piel de oveja! ¡Atrás también esas ovejas infieles que dan ley a sus Pastores! También nosotros deseamos el acercamiento de la Iglesia y la sociedad moderna. Mas no es a la Iglesia, sino a la sociedad a quien dirigimos nuestras súplicas para alcanzar este fin. La Iglesia ha hecho, hace todavía y hará siempre por la so-

El ideal histórico de una nueva cristiandad

Por Jacques MARITAIN



En el año 1934, el filósofo francés Jacques Maritain dictó en los cursos organizados por la Universidad de verano de Santander una serie de seis conferencias, que más tarde fueron editadas bajo el título general de «Problemas espirituales y temporales de una nueva cristiandad». De la citada edición reproducimos en estas páginas, unos fragmentos de la lección titulada: El ideal histórico de una nueva cristiandad.

En esta obra de Maritain parecen insinuarse ya ideas y principios que más tarde han sido objeto de más amplio desarrollo y comentario por parte del autor, y que han originado severas críticas y profundas controversias. CRISTIANDAD que no renuncia a estudiar a fondo los problemas planteados en torno al pensamiento de Maritain, se limita a presentar en sus páginas en esta ocasión unos textos que tratan un punto de vista que ha adquirido gran difusión entre los pensadores de nuestros días acerca de las relaciones entre la sociedad humana y la sobrenaturalidad de la vida cristiana.

Pensamos que el ideal histórico de una nueva cristiandad, de un nuevo régimen temporal cristiano, debería, aun fundándose en los mismos principios —pero de aplicación analógica— que los de la cristiandad medieval, corresponder a una concepción *cristiana profana* y no cristiana sacra de lo temporal.

Así, sus notas características serían, a la vez, opuestas a las del liberalismo y del humanismo inhumano de la edad antropocéntrica, e inversas a las que señalamos antes al tratar del ideal histórico medieval del *sacrum imperium*; respondería a lo que podríamos llamar un humanismo integral o teocéntrico, valedero en lo sucesivo por sí mismo. La idea discernida en el mundo sobrenatural ya no sería la idea del *imperio sagrado* que Dios ejerce sobre todas las cosas, sería más bien la idea de la *santa libertad* del hombre, que estaría unida a Dios por la gracia; sería esta idea como la estrella de este humanismo nuevo, estrella que no pretende hacer caer sobre la tierra, como si fuera una cosa de este mundo y pudiera fundar aquí abajo la vida común de los hombres, pero que se refractaría en el ambiente terrenal y pecador de lo social-temporal, orientándolo desde arriba.

Primera nota característica: en lugar de este predominio de la marcha hacia la unidad que nos parecía tan típico para la Edad Media —y que luego fué sustituida, a medida que progresaba la dispersión espiritual, por una concepción cada vez más mecánica y cuantitativa de la unidad política —tendríamos un retorno a una estructura orgánica que implicaría un cierto pluralismo, mucho más avanzado que el de la Edad Media.

En la Edad Media el pluralismo en cuestión se caracterizaba ante todo por la multiplicidad, a veces por el intrincamiento de las jurisdicciones y por las diversidades del derecho consuetudinario; pero nos parece que hoy conviene concebirlo de un modo distinto. No pensamos aquí solamente en la justa medida de autonomía administrativa y política que debería otorgarse a las unidades regionales, sin que se sacrifiquen por lo demás, ni a la región, y todavía menos a la nacionalidad, las ideas y los bienes políticos superiores. Pensamos, sobre todo, en una heterogeneidad orgánica en la estructura misma de la sociedad civil, por ejemplo, de ciertas estructuras económicas o de ciertas estructuras jurídicas e institucionales. (...)

Pero en el campo de las relaciones entre lo espiritual y lo temporal sería donde el principio pluralista, que a nosotros nos parece característico de una nueva cristiandad, encontraría su aplicación más significativa. El hecho concreto que se nos presenta aquí como característico de las civilizaciones modernas y opuesto a la civilización medieval, ¿no es el de que en los tiempos modernos una misma civilización, un mismo régimen temporal, admita que en su seno exista la diversidad religiosa? En la Edad Media los infieles estaban excluidos de la ciudad cristiana. En el estado de los tiempos modernos los fieles y los infieles están mezclados. Hoy día la ciudad totalitaria pretende, desde luego, imponer una misma fe a todo el mundo, pero lo hace en nombre del Estado y del poder temporal; pero esta solución no es aceptable para un cristiano. De modo que, dadas las condiciones de los tiempos actuales, sólo se puede concebir una ciudad cristiana en la que los infieles vivirían igual que los fieles y participarían en un mismo bien temporal común.

Es decir, que, a menos de limitarse a simples expedientes empíricos, habrá que acogerse al principio pluralista de que hablamos y aplicarlo a la estructura institucional de la ciudad terrenal.

En las cuestiones en que la ley civil se engrana del modo más típico con una concepción del mundo y de la vida, la legislación reconocería entonces a las diversas familias espirituales de un mismo estado, estatutos jurídicos distintos. Es claro que para una filosofía sana no puede haber más que una sola moral verdadera. Pero el legislador que debe aspirar al bien común y a la paz de cualquier pueblo dado, ¿no habrá de tener en cuenta el estado de este pueblo, el ideal moral más o menos deficiente, pero de hecho existente, de las diversas familias espirituales que lo componen y aplicar, por consiguiente, el principio del mal menor?

Hay una manera de entender esta solución pluralista que pecaría de liberalismo teológico, y de la cual se encontraría quizá un ejemplo en la legislación india; consistiría en pensar que, en virtud de un derecho que tuvieran las opiniones humanas, sean cuales fueran, a ser enseñadas y propagadas, el estado estaría obligado a reconocer a cada familia espiritual —y de aceptarlo como estatuto jurídico— el derecho elaborado por ésta confor-

me a sus propios principios. Pero no es así como nosotros entendemos esta solución. Significa para nosotros que para evitar males mayores (o sea la ruina de la paz de la comunidad y en endurecimiento —o la relajación— de las conciencias), el estado puede y debe tolerar dentro de su estructura (tolerar no es aprobar) modos de adorar que se apartan más o menos profundamente del verdadero: *ritus infidelium sunt tolerandi* enseñaba Santo Tomás (II-II, 10, 11): formas de adorar y, por tanto, modos de concebir el sentido de la vida y modos de comportarse en ella. El estado debe decidirse, por consiguiente, a conceder a las diversas familias espirituales que dentro de él existen, estructuras jurídicas que él mismo, el estado, en su sabiduría política, adaptaría, por una parte, a las condiciones de aquéllas, y, por otra parte, a la orientación general de la legislación hacia una vida virtuosa, y a los mandamientos de la ley moral, hacia el cumplimiento de los cuales encauzaría, en la medida que le fuera posible, esta diversidad de formas. Sería, pues, hacia la perfección del derecho cristiano hacia donde se orientaría, aun en sus partes más imperfectas y más alejadas del ideal ético cristiano, la estructura jurídica pluriforme del estado; se dirigiría éste hacia un polo cristiano integral positivo, y sus diversos escalones se apartarían más o menos de este polo, según una medida determinada por la sapiencia política.

De este modo, pues, el estado sería cristiano y las familias espirituales no cristianas gozarían en él de una justa libertad. (...)

El segundo rasgo característico del régimen temporal que estamos considerando se refiere a lo que podría llamarse una concepción cristiana del Estado profano o laico; consistiría en una afirmación de la autonomía de lo temporal a título de *fin intermedio*, conforme a las enseñanzas de León XIII, que declaran la supremacía —en su orden— de la autoridad del Estado. Recordamos en la lección precedente la distinción entre el fin intermedio y el medio, así como la de la causa principal segunda y la causa instrumental, y hemos visto que en la cristiandad medieval lo temporal desempeñaba muy a menudo un simple papel de medio, una simple función ministerial o instrumental respecto a lo espiritual.

En virtud de un proceso de diferenciación, normal en sí mismo (aunque haya sido viciado por las ideologías más falsas), el orden profano o temporal ha llegado, en el transcurso de los tiempos modernos, a situarse, con respecto al orden espiritual o sagrado, en una relación ya no de ministerialidad, sino de autonomía.

Y esto también es un beneficio histórico que una nueva cristiandad habría de mantener. Reconocería, desde luego, la primacía de lo espiritual, pero lo temporal ya no estaría supeditado a ello a título de agente instrumental, como ocurría tantas veces en la Edad Media, sino a título de agente principal menos elevado; y el bien común terrenal no se consideraría ya como simple medio respecto a la vida eterna, sino que se consideraría como lo que es, esencialmente, en este respecto, es decir, como *fin intermedio*.

Subordinación real y efectiva —esto es lo que contrasta con las concepciones modernas galicanas o liberales—, pero subordinación que ya en ningún caso reviste la forma de la simple ministerialidad —y esto es lo que contrasta con la concepción medieval.

De este modo, pues, se define y se precisa el concepto de *Estado laico cristiano* o de *Estado laico cristianamente constituido*, que acabo de señalarles hace un instante. Es decir, de un Estado en el cual lo profano y lo temporal ejercen plenamente su papel y su dignidad de fin y de agente principal, pero no de fin último ni de agente principal supremo. Es la única interpretación que el cristiano pueda dar a la expresión «Estado laico», que

de otro modo no tendría sino un sentido tautológico —la laicidad del Estado significaría entonces que no es la Iglesia—, o bien un sentido erróneo, es decir, que la laicidad del Estado significaría entonces que éste es o bien neutro o bien antirreligioso, es decir, que está al servicio de fines puramente materiales o de una contra-religión.

El tercer rasgo característico de una nueva cristiandad concebible sería, juntamente con esta insistencia en la autonomía del orden temporal, una existencia en la territorialidad de la persona respecto a los medios temporales y políticos.

Nos hallamos aquí ante el segundo hecho central, esta vez de orden ideológico, por razón del cual los tiempos modernos se oponen a la Edad Media: al mito de la fuerza al servicio de Dios sustituye el de la conquista o de la realización de la libertad.

¿Pero qué clase de libertad es la que le importa ante todo a una civilización cristiana? No se puede tratar, según la concepción liberal, de la simple libertad de elección del individuo (esto no sería más que el comienzo o la raíz de la libertad), ni tampoco, según la concepción imperialista o dictatorial, de la libertad de grandeza y de poder del Estado, sino únicamente y ante todo de la libertad de autonomía de las personas, que se identifica con su perfección espiritual.

Así, pues, al mismo tiempo que se va rebajando, como lo hemos visto, el centro de unificación del orden temporal y político, emerge cada vez más por encima de este orden la dignidad y la libertad espiritual de la persona.

De aquí resulta un cambio radical de perspectiva y de *estilo* en toda la organización temporal. El cristiano sabe que el Estado tiene deberes para con Dios, y que debe colaborar con la Iglesia, pero el modo de efectuarse esta colaboración puede variar típicamente según las condiciones históricas. Antaño prevalecía, sobre todo, el modo del poder temporal mismo y el de las coacciones legales, pero en el porvenir puede que rija ante todo, en las conexiones político-religiosas mismas, el modo de la influencia moral. Para San Alberto el Grande y Santo Tomás, el hecho de que en los tiempos de los apóstoles y de los mártires de la Iglesia no le haya convenido hacer uso de la fuerza coercitiva, pero que más adelante haya convenido usar de ella, se explica por la diversidad de los estados o de las edades de esta misma Iglesia. Y de este mismo modo se explica que en otra época todavía se pueda prescindir de nuevo de esta fuerza coercitiva.

Una ciudad terrenal que, sin reconocer a la herejía un derecho propio, asegurara al hereje sus libertades de ciudadano, y hasta le concediera un estatuto jurídico adaptado a sus ideas y a sus costumbres (no solamente por querer evitar la discordia civil, sino también por respetar y proteger en él la naturaleza humana y las reservas de fuerzas espirituales que habitan el universo de las almas), favorecería menos, sin duda, que una ciudad menos tolerante la vida espiritual de las personas del lado del *objeto* de esta vida, pues habría rebajado el nivel de sapiencia y de virtud por debajo del cual el cuerpo social no tolera el mal o el error (aunque desde luego estaría menos bajo que un estado de liberalismo *neutro*); pero, por otra parte, favorecería más la vida espiritual de las personas del lado del *sujeto*, cuyos privilegios de territorialidad con relación a lo social-terrenal —a título de espíritu capaz de recibir enseñanzas desde dentro, del autor del universo— se llevaría a un nivel más alto.

A propósito de esto podríamos recordar las declaraciones hechas por el Cardenal Manning a Gladstone hace unos sesenta años: «Si, mañana, llegaran al poder los católicos en Inglaterra, no se propondría una sola penalidad, ni se proyectaría la menor sombra de coacción sobre las creencias de un hombre. Queremos que todos se adhieran plenamente a la verdad, pero una fe obligada

es una hipocresía odiosa a Dios y a los hombres. Si, mañana, los católicos fueran, en los reinos de Inglaterra, la «raza imperial», no usarían de su poder político para perturbar la situación religiosa hereditaria de nuestro pueblo. No cerráramos ni una iglesia ni un colegio, ni una escuela. Nuestros adversarios tendrían las mismas libertades de que gozamos nosotros siendo minoría.» (...)

Después de este paréntesis pasemos al cuarto rasgo característico de nuestra nueva cristiandad. Lo hallamos en el hecho de que una cierta paridad de esencia (entre el dirigente y el dirigido), quiero decir una paridad esencial en la condición común de hombres dedicados al trabajo, llegara a formar la base de las relaciones de autoridad y de la jerarquía de las funciones temporales, lo mismo que se trate de la autoridad política o de otras clases de autoridad social. Podríamos decir que esta concepción de la autoridad se inspira, no en el régimen benedictino, sino más bien en el régimen dominicano (porque la Orden de los Predicadores está en el umbral de los tiempos modernos, mientras la Orden Benedictina está en el umbral de la Edad Media), que consiste en una sociedad de hermanos, en la que uno de ellos es elegido jefe por los demás.

En el orden político (sea cual fuere la forma del régimen, porque esto es una cuestión muy distinta), en el orden político, la fuente de la autoridad de los órganos gubernamentales, como de todo poder legítimo, se hallaría, para el cristiano, en Dios, sin que éstos tuvieran por eso, ni siquiera por participación, un carácter sagrado; una vez designados, sería en ellos donde residiría la autoridad, pero siempre en virtud de un cierto *consensus*, de una libre determinación vital de la multitud, cuya personificación y cuyo vicario serían: *vicem gerens multitudinis*, según la frase de Santo Tomás. Por lo demás este consentimiento mismo ha de entenderse de distintos modos, pudiendo ser o, no formulado: en el sistema de la monarquía hereditaria este consentimiento se da una sola vez para todo un porvenir indeterminado, lo mismo en cuanto a la forma del régimen que en cuanto a los detentores eventuales del poder, mientras en el sistema democrático se da una sola vez para todo un porvenir indeterminado en cuanto a la forma del régimen, pero puede renovarse periódicamente en cuanto a los detentadores del poder; en todos casos, sin embargo, en cuanto predomina una concepción puramente profana y «homogénea» de la autoridad temporal, el jefe es solamente un compañero que tiene el derecho de mandar a los demás. (...)

Y, finalmente, quinta y última característica: en lo

que se refiere a la obra común que habría de realizarse por la ciudad terrenal, ésta no aparecería ya, para una civilización cristiana que ya no puede ser ingenua, como una obra divina que realizar en la tierra por el hombre, sino más bien como una obra humana que realizar en la tierra por la penetración de una cosa divina, que es el amor, dentro de los medios humanos y dentro del trabajo mismo.

Para una civilización tal el principio dinámico de la vida común y de la obra común no correspondería, por tanto, a la idea medieval de un imperio de Dios que edificar aquí abajo, y menos todavía al mito de la Clase, de la Raza, de la Nación o del Estado.

Digamos que sería la idea —ni estoica ni kantiana, sino evangélica— de la dignidad de la persona humana y de su vocación espiritual, y del amor fraternal que le es debido, y la obra de la ciudad terrenal sería la de realizar una vida común aquí abajo un régimen temporal verdaderamente conforme a esta dignidad, a esta vocación y a este amor. ¡Nos sentimos bastante lejos de aquello para poder asegurar que el trabajo no ha de faltar!

Por lo demás, una concepción tal resultaría utópica si la amistad fraternal de que hablamos fuera el único lazo que uniera a la comunidad y la única base de ésta.

No, sabemos muy bien que a la vida en común le es indispensable un cierto fondo material y en cierto modo biológico de comunidad, de interés y de pasiones o, por así decirlo, de animalidad social. Y en los párrafos anteriores hemos hecho resaltar suficientemente el carácter orgánico que una nueva cristiandad llevaría consigo necesariamente; sabemos también que un ideal de amistad fraternal que no se basara en una concepción de la naturaleza humana a la vez pesimista y exigente, concepción que haga aparecer como lo más difícil lo que más importa, y lo que hay de mejor en la obra política como requiriendo los mayores cuidados, no sería más que una ilusión de la peor especie, que correría peligro de conducir a resultados sangrientos; este ideal sólo puede realizarse en el orden social-político mediante disciplinas rigurosas y con medios que no serían siempre amistosos, sino a veces severos y a veces duros. Pero sería primero a título de idea heroica que realizar, de fin típico que perseguir, y a título de tema animador de un entusiasmo común, que pusiera en marcha las energías profundas de la masa, como la amistad fraternal se manifestaría, como un principio dinámico esencial en nuestra nueva cristiandad y por estar *orientada* verdaderamente y por completo hacia una realización social-temporal de las verdades evangélicas, estaría dedicada propiamente a una obra común cristiana profana.

Viene de la pág. 450

«Las Esperanzas de la Iglesia»

ciudad, lo que una madre tierna y sacrificada; la ilumina, la alimenta, le ofrece remedios para sus llagas, favorece todas sus tendencias generosas, no desmaya ante ninguna de sus ingraticudes, y se muestra dispuesta a olvidar todos los ultrajes, todas las heridas que ha recibido, en cuanto la sociedad se eche confiada en sus brazos. Abra ya la sociedad sus ojos a esta infatigable abnegación; compare lo que la Iglesia ha hecho por ella en el transcurso de catorce siglos, y lo que han hecho en tres cuartos de siglo los sofistas que la han separado de la Igle-

sia; reconozca la impotencia de sus progresos materiales en orden a la paz y la verdadera felicidad; y consienta, por fin, en poner al servicio de la verdad, de la justicia, del progreso moral, las nuevas fuerzas que la ciencia le ha dado y que en este momento se emplean con el fin de perfeccionar los medios de destrucción; he aquí la feliz y fecunda reconciliación por la cual hacemos votos, a la cual mirará la Iglesia como su más bello triunfo, y hacia la cual es impulsada la sociedad moderna por sus mejores instintos.

(Fragmentos de la Introducción a «Les Espérances de l'Eglise». Segunda edición.)

Carta del Papa Celestino VI a todos los hombres

Por Giovanni PAPINI

No cabe duda de que PAPINI, el Poeta, es un afortunado descubridor de «documentos» históricos. El azar puso un día en sus manos una extraña colección de «interviews» con personajes representativos de nuestro tiempo, hechos por uno que concentraba en sí mismo, de alguna manera, la quinta esencia de todos ellos: una especie de «anticristo» grotesco, mezcla de salvajismo y de refinamiento, de buen sentido escéptico y de infantil ingenuidad: retratos mordaces, si no siempre profundos, siempre lo bastante exactos para sonrojarnos.

El azar, de nuevo, le pone ahora en posesión de un documento igualmente excepcional: un conjunto de cartas — escritas, no ya por un «anticristo», sino por un Vicario de Cristo: el Papa Celestino VI, «uno de los más grandes Pontífices que jamás llevaron la corona de los tres reinos».— dirigidas a los hombres de su tiempo (extraordinariamente parecido, por cierto, al nuestro) «en los últimos días de la Gran Persecución».

Celestino afea a estos hombres: a los sacerdotes y monjes, a los ricos y pobres, a gobernantes y pueblos, a poetas, historiadores, hombres de ciencia, etc., sus graves defectos: no ya, como GOG, movido por el maligno placer de cebarse en ellos, sino oprimido por la urgencia de un angustioso, tremendo dilema que ellos parecen ignorar: EL MUNDO PERECE O SE HACE CRISTIANO.

El tono es cálido, apremiante, las miras nobles, la ambición excesiva: llevado por un numen poético, mal podría Celestino VI dar lecciones, ni que fuera muy humildemente, a aquellos a quienes lleva el Espíritu Santo.

Se comprende que diga en más de un momento, a algunos de los destinatarios de sus cartas: «ha llegado la hora de hablaros como ningún Papa os ha hablado nunca», podría haber añadido: «y no os hablará nunca».

Sin embargo, a pesar de este vicio de origen, el problema que Papini plantea en este libro es tan serio, tan digno de merecer atención, que aun no identificada con su autor no puede menos CRISTIANDAD que reproducir uno de estos documentos «escatológicos», en un número como el presente destinado en gran parte a describir este estado de inquietud expectante que embarga a los hombres, y que sólo en la Iglesia Católica —no bastaría un vago cristianismo, un «cristianismo», dice Pío XII, que no salva» — puede tener satisfacción y remedio.

Hijos y hermanos míos:

He hablado a muchas clases de hombres, pero no he dicho todavía todo. Mi corazón, consumido por la tristeza, pero siempre repleto de amor y de esperanza no descansará hasta haber hecho sentir su latido humano a todas las criaturas de la humana familia. Quisiera tener, como los primeros apóstoles, el don de lenguas; querría tener palabras que fuesen espadas de amorosa verdad; quisiera poseer la potencia del arte, la violencia avasalladora de la caridad, la omnipotencia del milagro, para que mi llamada, mi última llamada, supiese llegar a todos los oídos, pudiese trastornar todos los corazones. Aunque Pontífice, no quiero ser, hoy, sino un mendigo. Voy pidiendo a cada hombre una sola limosna: la de ser escuchado. Escuchadme, pues no por amor mío, sino por amor vuestro, porque a todos os amo con ese amor que me abrasa y me consume.

Escuchadme todos, de cualquier raza y país, hombres y mujeres, jóvenes que os asomáis ansiosos a las ventanas del porvenir, viejos que repartís ya vuestro tiempo entre sueños de vida y pensamientos de muerte, sea que estéis deslumbrados por los espejismos de un mañana imposible, sea que os demoreís entre las cenizas de un ayer irrevocable. Todos debéis escucharme, porque hablo de todos y de cada uno de vosotros.

No os recordaré los males que habéis sufrido y aquellos, quizá más horribles, que os amenazan. Demasiado los conocéis. Os traigo, en cambio, el alegre anuncio de una segura esperanza. Esos males podéis curarlos y evitarlos si queréis lo que os pido: una confesión total y una conversión radical os salvarán, así como a vuestros hijos, para siempre.

La catástrofe puede ser alejada; todavía no está todo perdido. Cuanto más grandes sean las adversidades, más debemos sobreponernos a ellas; cuanto más densa sea la obscuridad, más debemos resplandecer; cuanto más álgido sea el clima, más debemos sentirnos inflamados por ardorosa llama.

Es necesario, ante todo, reconoceros tales cuales sois, arrancar máscaras y levantar viseras para mirarse humilde y audazmente en el espejo, que no deforma ni adula, que os pongo delante. Para curar las llagas hay que desvendarlas primero, aunque al principio duelan más.

No sois lo que decís ser, lo que creéis ser.

Os imagináis ser civilizados, y yo os digo que sois aún salvajes o bárbaros. Vuestro decantado progreso ha consistido, hasta ahora, en pasar del salvajismo a la barbarie.

Los inventos, las amenidades, las vestiduras, los ornamentos, los maquillajes y los estucos de la llamada «cultura» os han inducido a engañaros.

Han bastado varias revoluciones, invasiones, capitulaciones, conflictos y conflagraciones para despedazar los puntales del orden civilizado y hacer saltar el barniz, falso cual afeite de tocador, de la decencia moral. Ha reaparecido el salvaje de la prehistoria, el bárbaro de la edad de hierro, la fiera de los bosques. Ha caído de golpe el respeto por los bienes ajenos; ha desaparecido el respeto de la vida ajena.

En nombre de la fuerza, del hambre, de la justicia, de la civilización, los hombres han vuelto al robo y al asesinato; al robo al por menor y en gran escala; al asesinato al menudeo y en masa. Los continentes en que primero nació y floreció la civilización se han convertido en teatros de saqueos y de estragos.

Nadie en verdad está ya seguro de nada, ni de lo que posee ni de la propia vida. El descenso de los bárbaros al terminar el mundo antiguo fué, en comparación con esto, la incursión de una manada de lobos mansos.

Creéis ser religiosos y sois, por el contrario, gente sin ley y sin Dios. Ateos que rezan, descreídos que se arrojan, discípulos de Satanás en la práctica que se dicen fieles a Dios en formas y en palabras. Invocáis a los ángeles y vivís como demonios; veneráis a los santos y vivís como puercos; eleváis de cuando en cuando los ojos al cielo, pero os complacéis en la inmundicia de la tierra como gusanos lotófagos. Ofrecéis a vuestros dioses lo que menos os cuesta: genuflexiones, silabeos, ofrendas cruentas o incruentas, perfumes y cantos, pero raramente sabéis ocrecer vuestra alma y vuestra vida. Vuestro corazón no pertenece a lo eterno, sino que está sujeto al vientre, al sexo, a la codicia ladrona y homicida.

Cualquiera que sea vuestra fe, vuestra mitología, vuestra teología, sois casi todos, en la conducta de cada día, alumnos, secuaces y criados del Diablo. Sois brutos en pie sobre las patas traseras, que aman y sirven, en la vida cotidiana, a una sola divinidad, el propio yo.

Os creéis, en fin, ricos y potentes; pero sois, en realidad, pobres y débiles. Vuestra riqueza no es sino miseria expuesta a todas las asechanzas; vuestro poder no es sino fatigosa esclavitud a la materia.

Los pueblos son arrollados y trastornados por torbellinos que nacen de ellos, pero que escapan muy pronto a su voluntad; los Gobiernos son prisioneros y víctimas de fuerzas impetuosas y tempestuosas que no consiguen dominar por entero; los individuos aislados resultan dis-

persados, golpeados y quebrantados por las marejadas de la Historia con briznas de hierba y granitos de polvo por los vórtices de un tifón arrebatador. Habéis conseguido someter algunas fuerzas de la Naturaleza, pero las máquinas, instrumentos empleados para ese sometimiento, se han convertido en dueñas vuestras, habéis desencadenado las energías durmientes en la tierra y ahora, como otros tantos aprendices de brujo, no podéis sujetarlas y domarlas. Fuerte es vuestra voluntad, pero tan desordenada y sojuzgada en el laberinto de las pasiones, las ilusiones, las ambiciones, las razones y las intenciones, que ha terminado por engendrar monstruos indomables, ha deprimido y suprimido la punitiva libertad.

Sois, pues, bárbaros epicúreos e impotentes, esclavos de los instintos feroces, de los placeres engañosos, de los instrumentos en rebelión. Sois frenéticos que, por amor de la vida, andáis destruyendo las razones mismas de la vida, obsesos maniáticos que se hacen pedazos con sus propias manos.

Ahora, empobrecidos y horrorizados por tantos conflictos que han ocasionado tremendos horrores a los vencidos, ataduras y gravámenes de nuevas responsabilidades a los victoriosos, deseáis e invocáis la paz. Pero no sabéis buscarla ni obtenerla porque os imagináis que la guerra está fuera de vosotros, en la rabia y la avidez de unos pocos, mientras que está en vosotros, en el alma de todos vosotros. Cada uno de vosotros está en perenne guerra contra alguien: con su clase, con su Gobierno, con su vecino, con su dueño, con su rival, con su propio padre, hijo o hermano, con los próximos y con los lejanos.

Cada uno de vosotros alberga y cultiva en sí las manías, las culpas, las concupiscencias que impulsan a las humanas criaturas a la guerra. El deseo de apropiarse por cualquier medio de los bienes ajenos, el deseo de aniquilar por cualquier medio al adversario, está agazapado, disimulado o no, en todas las almas. Los jueces, los alienistas, los confesores, los historiadores, saben bien cuán violentos y virulentos son, aun en las que llamamos «personas honradas», los estímulos de esas innumerables guerras clandestinas e intestinas que crean el clima propicio a las guerras civiles y exteriores. Esos deseos, frenados por el miedo, por la reflexión y por la prosperidad en tiempos tranquilos, se liberan de todo freno y se desfojan en tiempos de tumulto y confusión. ¿Qué de extraño tiene que los pueblos, formados todos por hombres rapaces y belicosos, se dejen inducir y conducir a las guerras, que no son sino empresas gigantescas y abiertamente confesadas de latrocinio y exterminio? ¿Cómo podrían resistir a las tentaciones que brinda la contienda los jefes que representan y dirigen a esas turbas de facinerosos airados y belicosos? Lleváis la guerra en la sangre y maldecís las guerras; lleváis en vosotros, cada día, todos los fermentos y los posos de las guerras personales y pretendéis la paz universal. Os sentís, cada uno por cuenta propia, inclinados a pillar y matar, y luego querriais que las naciones formadas por vosotros renunciasen a ese latrocinio que es la conquista, a esa carnicería que es la guerra. Haced primero reinar la paz en vuestros ánimos y después, como efecto natural, la paz reinará sobre la tierra.

Pero vosotros no comprendéis esta perniciosa contradicción de vuestra naturaleza. Sois como corderos de corazón feroz que, ocultos tras la cerca, admirasen, temblando de miedo pero estremeciéndose de voluptuosidad, las hazañas de los leopardos y de los chacales, prontos a chillar apenas os sintáis asidos también por esas garras despiadadas. Aceptáis la idea de la guerra porque el instinto agonista está en vosotros, pero luego querriais rechazar sus consecuencias: las humillaciones de la derrota, los pesos y las responsabilidades de la victoria, la carestía, el hambre, las pestes, los motines.

Y ahora os diré, con todo el amor que nace de vuestro

dolor, cuál es el verdadero y único secreto de la salvación: la unidad de todos los hombres formados de nuevo en Cristo. La separación es el verdadero pecado contra la Humanidad. La separación en castas, en clases, en razas, en facciones, en naciones, en religiones. Las guerras, con todos sus males, se deben a ese renegar de la fraternidad querida por el único Padre. Hay que rellenar las zanjas, nivelar los surcos, destruir los cercados, borrar las fronteras. Los hombres no tendrán paz mientras no se consiga la unidad total de todos los hijos de la tierra bajo el signo del Hijo del Hombre. Unidad espiritual, unidad política, unidad social. Estas dos últimas no serán ya posibles sin la primera, sin la unidad espiritual, y ésta sólo podrá ser obtenida mediante el Cristianismo. Solamente la fe en Cristo y la práctica de Su enseñanza podrán hacer una sola familia amorosa, porque solamente el Cristianismo podrá transformar a los salvajes en civilizados, a los bárbaros en hermanos. La Humanidad sólo puede ser salvada si se hace «católica», es decir, universal, en la verdad única de un Dios único.

Transformarse para unirse: éste es el lema de salvación. Desanimalizarse para deificarse. Obedecer todos a un Dios enterrado (encarnado) para hacer posible un hombre encielado (transfigurado). Empresa que, por su dificultad, parece rayana en lo imposible, pero no hay otro camino. Harán falta siglos para cumplirla, quizá milenios, pero hay que empezar: toda demora aumenta el peligro que amenaza y la distancia a salvar. Los hombres se han consagrado, desde hace demasiado tiempo, al dominio de la materia; ha llegado el momento de que dirijan su atención a la transmutación, a la conversión, a la dominación del propio espíritu. De nada sirve cambiar sistemas y estructuras mientras el hombre siga siendo, en lo más íntimo de su ser, lobo vestido de pastor, hiena con disfraz humanitario, zorro con toga de abogado, gorila con traje de maestro. La *metanoia*, en el sentido evangélico, es la necesaria premisa de la unión salvadora.

Hasta tal punto queda esta unidad dentro de los designios de Dios, que los hombres la han preparado, y la preparan, casi inconscientemente, mediante las guerras que nacen de sus separaciones. De la familia pasaron al clan y a la tribu; de la tribu a la *polis*, a la ciudad guiada por tiranos o por leyes; de la ciudad, convertida en ambiciosa por la riqueza, al estado regional; del estado, al pueblo conquistador; del pueblo unido en nación, al imperio.

En los últimos tiempos hemos llegado a contar cuatro o cinco vastos imperios hegemónicos que tienen en sus manos, como si de colonias o vasallos se tratara, a los estados menores supervivientes, pero ya se entrevén las grandes unidades continentales. La unidad obtenida de tal forma ha requerido milenios y requerirá siglos; se ha obtenido a la fuerza de ruinas, de trastornos, de sacrificios, de opresiones, de conflictos. Cada pueblo superado costó tributos inmensos de sangre y desventura. Los hombres han tenido que pagar con la pérdida de la paz y de la vida esa imperfecta e inestable unidad que hubiesen podido conseguir, rápidamente y sin torturas, mediante el acuerdo espontáneo del amor. La Humanidad, para superar el último estadio, ha de elegir entre los dos caminos: el camino largo y cruento o el camino breve e incruento. Si verdaderamente os amáis a vosotros mismos y queréis ahuyentar las últimas guerras, que prometen ser la destrucción y suicidio universales, debéis escoger la segunda.

Pero vuelvo a repetir que ninguna unidad es posible sin la unidad espiritual. El mundo se hará cristiano o perecerá. Ha llegado el momento de la alternativa suprema. El hombre ha de escoger. O vuelve a la pura bestialidad subsiguiente a la caída o debe salir para siempre de ella. El estado actual es el peor de todos.

El hombre no experimenta la satisfacción animal del bruto y ha de soportar, en cambio, los arrepentimientos,

los escrúpulos, los remordimientos que le ocasiona su destino divino, renegado pero no olvidado. Tenéis ante vosotros dos elecciones posibles, sólo dos: o bestias destinadas al suicidio o cristianos redimidos y redentores.

Habéis renegado, abiertamente y de hecho, del Cristianismo. Pero no es posible sustraerse a la voluntad divina que lo rige, inspira y gobierna todo. Habéis creído escapar a la práctica de los preceptos del Evangelio y vuestros errores mismos os han obligado, por la fuerza misma de las cosas, a someteros a los más duros.

Os habéis reído de Cristo, que no tenía ni una piedra en que reclinar la cabeza, y habéis visto vuestras casas arrasadas, vuestras ciudades destruidas. Muchos de vosotros, como El, han tenido que convertirse en nómadas fugitivos y perseguidos.

Habéis olvidado el consejo de renunciar a las riquezas, y muchísimos de vosotros han perdido y pierden todo lo que soñaban con poseer, lo que era vuestro amor y vuestro orgullo.

No habéis querido recibir el bautismo de fuego espiritual prometido por San Juan y habéis visto descender del cielo un muy distinto fuego, fuego de consternación y de espanto.

Habéis rechazado toda regla de abstinencia, os habéis ensangrentado las manos con la esperanza de llenar más copiosamente el vientre y ahora os encontráis reducidos a la penuria mendicante, a la sobriedad forzada, a la inanición.

Habéis preferido y adorado más de lo justo la vida del cuerpo y, ver por dónde, innumerables criaturas, que eran vuestro sostén y vuestro afecto, han perdido la vida de muertes atroces.

Habéis buscado las cosas de la materia más que las del espíritu, y ahora la codiciada materia os tiraniza y os empuja a nuevas carnicerías.

Os habéis rebelado contra Dios y habéis caído bajo las múltiples servidumbres de los poderes políticos, de quienes defentan y acaparan los bienes de la tierra, de vuestras pasiones sin freno. Las verdades del Evangelio, que de ser acogidas espontáneamente, hubiesen sido libertad y felicidad, se han trocado, por culpa vuestra, en castigos.

Del Cristianismo no hay escapatoria, se quiera o no, porque no es lícito librarse de lo que libera. Incluso en el mundo espiritual, todas las defensas y ataques que habéis intentado para oponer al Cristianismo nuevos credos y doctrinas no son sino fragmentos o imitaciones de ese mismo Cristianismo. Todas las herejías filosóficas, todas las sectas e iglesias laicas, todas las teorías sociales y revolucionarias surgidas con profusión en los últimos siglos sólo son tentativas de tomar uno de los elementos de la síntesis cristiana, descuidando o negando los demás.

Pero ese elemento, saludable y eficaz mientras permanece fundido y unido a la síntesis divina operada por Cristo, se convierte, en cuanto se le separa del conjunto y se adopta como principio único de verdad, en peligrosa causa de error. También en este caso la separación es pecado contra el espíritu. No se debe dividir lo que Dios quiso unir. Desarraigados de la unidad revelada, deformados con la pretensión de transformarlos en absolutos e independientes, estos principios se corrompen y pierden toda virtud generadora. La promesa del paraíso se hace ansia del país de Jauja; la obligación del trabajo se trueca en apropiación de los frutos del trabajo ajeno, la orden de caridad degenera en helada filantropía; el amor fraterno se convierte en solidaridad racional y convencional. Lo que a la luz sobrenatural de la síntesis cristiana era medicamento salvador resulta un veneno al pasarlo al orden humano y terrenal. El Cristianismo debe ser acogido todo y por todos. Si no, no hay salvación alguna para la Humanidad enemiga de sí misma. Un Cristianismo mutilado es un Cristianismo reseco o traicionado. La regeneración sustancial del alma humana sólo

podrá ser alcanzada mediante esa vuelta del revés de los institutos y de los valores enseñada por el Hombre Dios. A las tablas de derechos bárbaricos han de sustituir las tablas de deberes evangélicos.

Hay sólo dos figuras de hombre frente a frente: el hombre económico, con todos sus apetitos; el hombre de Dios, con todas sus certidumbres. El primero reina en el presente y ha llevado al mundo humano hasta los bordes extremos que lindan con la anulación de la vida; el otro espera en el futuro su reino, reino de concordia y de sublimación, de alegría y de reconciliación. Todo lo que hasta hace poco tiempo disimulaba y atenuaba el antagonismo de estas dos clases de hombres — filosofía, teoría, burguesía — se ha deshecho o está derrumbándose. Después del infernal huracán, todos los planes y los velos han caído. Los dos extremos entre los cuales hay que escoger están bien a la vista, en su elemental desnudez. Por una parte, el bárbaro frenético y fratricida; por otra, el santo generoso y amoroso. Lo demás es literatura. Estamos ante el último dilema: Amor o Muerte.

La llamada «civilización» de que van parlotando los profetas y los servidores de la materia sólo pueden ofrecer a los hombres un ideal: un mediocre bienestar físico, mecánico e igualitario, es decir, servidumbre y nivelación. Sólo Cristo puede ofrecer plena felicidad en la libertad y en la unidad. Aunque las viejas culturas de Occidente, ya moribundas, sean arrolladas por el triunfo transitorio del hombre económico, no hay que entristecerse ni amedrentarse. La verdad cristiana, que es verdad divina y por tanto eterna, podrá quedar eclipsada durante una hora, durante algún tiempo, pero no destruida. Ni el dinero, ni la maquinaria, ni la igualdad material podrán apaciguar el alma inquieta de los hombres.

Estos han experimentado ya, con lágrimas y sangre, los tormentos que engendran y cuestan esos mitos de niños sabihondos. Los grandes principios del Evangelio sobrevivirán a pesar de todos los extravíos de la adolecencia bárbara. Si la vanagloria de los triunfos humanos alejó de Cristo, las desventuras ocasionadas por esos infernales triunfos llevarán de nuevo hacia Cristo.

Fuisteis, hasta ahora, salvajes empavorecidos y torpes; sois ahora bárbaros ambiciosos y petulantes, pero siempre esclavos y asesinos. Tenéis aún que ascender hasta la civilización, que es humanidad y cristiandad. Os anuncio el comienzo de una nueva era, que deberá tener un nuevo aspecto, un nuevo nombre. Tras la Prehistoria vino la famosa Antigüedad; a ésta siguió el Medioevo y al Medioevo ha seguido la Edad Moderna, de que os mostráis tan orgullosos, pero que ha dado frutos de muerte y es palmaria vigilia de la ruina general. La época que yo aguardo y anuncio será una edad de unión y de paz, el reino de los cielos en la tierra, el imperio de Cristo en los corazones. Cuando los hombres formen una inmensa familia única, repuestos todos en su divina dignidad por su transfiguración en el Amor, cuando todos recen a un solo Dios, y no sólo con palabras, cuando todos reconozcan una sola ley, y no sólo por temor, entonces los mortales, reconciliados en Dios, habrán superado toda sentencia conminatoria de la muerte. Será la verdadera resurrección del hombre, simbolizada por la resurrección de Cristo. La milenaria y sanguinaria barbarie es nuestro sepulcro. Querría ser uno de los ángeles que dijeron a las mujeres, con la primera luz del alba: No está aquí.

Si la plegaria de uno solo de nosotros, aun la del más humilde de corazón, tiene tanto poder sobre Aquel que se hizo hombre entre los hombres, ¿conseguís imaginar la potencia de nuestra oración cuando un himno de jubiloza gratitud se alce conjunto, en el mismo instante, con las mismas palabras, de todos los labios de los hombres? Los ángeles se conmovieron, el corazón humano de María temblará de regocijo, el *sitio* de la Cruz tendrá su contes-

tación, el firmamento no habrá oído nunca una invocación tan gozosa e imperiosa. Una suprema gracia, que mi infinita alegría apenas sabe entrever, será la respuesta del Eterno a la plegaria coral de los efimeros.

Diréis que todo esto es el sueño o el delirio de un anciano febril; pero aunque así fuese — y creo, por el contrario, que es anuncio de un desenlace necesario —, sería el delirio de una fiebre que debería arder en todos vosotros. Es fiebre que brota de mi dolor no desesperanzado, fiebre ardiente y feliz que nace del amor desmesurado que por vosotros siento. Si no os amase como os amo, no sufriría como sufra al pensar en vuestro sufrimiento, en la suerte horrenda que vosotros mismos andáis preparándoos. No me avergüenzo de soñar cuando la realidad aparece a todos, y no a mí solamente, vergonzosa y aterradoramente como nunca lo fué. Si la verdad de las cosas presentes no es sino presentimiento y aviso de abismos y de infiernos, hay que refugiarse en el sueño y aplicar todas nuestras fuerzas a encarnar el sueño en realidad.

Muchos, demasiados años he pasado en la tierra, pero mi corazón es joven todavía porque lo mantuve cercano a la inocencia y a la niñez de los discípulos de Cristo. Mi juventud llama a voces a la nueva juventud del mundo. El dolor mismo, aunque lacerante y punzante en todo momento, no ha debilitado mi alma, no ha apagado el

incendio de mi juventud ni la estrella de mi esperanza.

Sólo soy ya una hoguera de amor y de dolor que llama sobre este pináculo excelso que desafió al vano tropel de los milenios. Me consume sin matarme, es tortura y éxtasis a la vez. Desde las llamas de esa pira os dirijo este ruego que Dios mismo me dicta: uníos todos para formar en la tierra el cuerpo perfecto de Su Hijo y estaréis a salvo para siempre. O hermanos resucitados en la fe del Resurgido o enemigos enlazados que se precipitarán juntos en la negra vorágine de la nada.

Dios sabe cuánto Le he rogado y Le ruego porque vuestra elección sea la que El desea. Vivo sólo para esta esperanza, y moriré con esta esperanza en el alma. Y aun más allá de la vida os amaré como ahora os amo, porque yo también soy hombre y conozco vuestra miseria presente, anhelo vuestra felicidad futura.

Querría poder miraros a los ojos uno a uno, estrecharos las manos uno a uno; teneros, uno a uno, apoyado sobre mi pecho para que pudieseis sentir el fuego que me devora, el estremecido latir de mi corazón. Pero puesto que tal milagro no se concede a criatura tan excesivamente humana como yo, os ruego me perdonéis si mis palabras truncan apenas si os llevan un tenue reflejo de esa luz fulgurante que sobrehumanamente querría infundiros.

CELESTINO VI, Papa.
Siervo de los siervos de Dios.

La Iglesia de Cristo única custodia de la verdad

En la segunda quincena del pasado mes de agosto, se ha celebrado en Amsterdam el «Consejo mundial de iglesias protestantes», al que han asistido mil quinientos delegados que representaban ciento cincuenta centros. El tema de la reunión ha sido: «El desorden del hombre y el orden de Dios».

Refiriéndose a ese Consejo y a la negativa de la Iglesia a participar en sus tareas, Su Santidad el Pontífice felizmente reinante Pío XII, ha dicho en un reciente discurso las siguientes palabras:

Noi sappiamo quanto insistente sia in molti del vostro popolo, cattolici. e non cattolici, l'anelito all'unità nella Fede. E chi potrebbe sentire più vivamente questo desiderio se non il Vicari di Cristo stesso? La Chiesa circonda i dissenzienti nella Fede con «sincero amore» e con il fervore preghiere per ottenere il loro ritorno a lei loro Madre, dalla quale Dio sa quanti sono lontani senza nessuna colpa personale. Se la Chiesa è inflessibile dinanzi a tutto ciò che potrebbe avere anche solo la parvenza di un compromesso, di un accomodamento della Fede cattolica con altre confessioni o della sua mescolanza e confusione con esse, è perchè sa che vi è sempre stata e vi sarà sempre una sola rocca infallibile e sicura di tutta la verità e della pienezza di gracia venutaci da Cristo.



PIO XII

Sabemos cuán ardiente es el deseo por la unidad de la fe entre católicos y no católicos. ¿Quién podría sentir este deseo más vivamente que el representante de Cristo? La Iglesia abraza a todos los que se encuentran fuera de su redil con amor genuino, y ora fervientemente por su retorno al seno materno. Sólo Dios sabe cuántos están separados de Ella sin culpa propia.

Si la Iglesia se muestra inflexible a todo lo que dé siquiera una leve sospecha de componenda, es porque ella se considera única custodia de la verdad que le confió Jesucristo.

Discurso al Congreso católico alemán reunido en Maguncia (5 de Septiembre de 1948)

Véase sobre esa cuestión, en este mismo número, la Pastoral de los Obispos Holandeses (pág. 461) y el artículo del P. Ignacio Ortiz de Urbina, S. I. (pág. 463).

MEDIOS ESPECIALES

PARA LA

INSTAURACION DEL REINO DE CRISTO

PIO XI

Encíclica «UBI ARCANO DEI»

(FRAGMENTOS)

Esperando que todos los buenos han de concurrir con su apoyo a esta obra, nos dirigimos en primer lugar a vosotros, venerables hermanos, a quienes nuestro mismo Jefe y Cabeza, Jesucristo, que a Nos confió el cuidado de toda su grey, llamó a una parte y la más excelente en nuestra solicitud; a vosotros, puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios; a vosotros honrados de manera principal con el *ministerio de la reconciliación, y como embajadores en nombre de Cristo*, hechos partícipes de su mismo magisterio divino *dispensadores de los misterios de Dios*, y por lo mismo llamados *sal de la tierra y luz del mundo*, doctores y padres de los pueblos cristianos, verdaderos *dechados de la grey*, destinados a ser llamados *grandes en el reino de los cielos*; a vosotros todos, en fin, que sois como los miembros principales y como los lazos de oro con que se levanta *compacto y bien unido todo el cuerpo de Cristo*, que es la Iglesia fundada en la solidez de la piedra.

Exhortación al clero

Mientras tanto, aunque sabemos muy bien que no hay necesidad de estimular vuestro celo y actividad, antes que son dignos de los mayores elogios, sin embargo, la conciencia del cargo apostólico y de nuestros deberes de padre para con todos nos advierte y casi nos fuerza a inflamar con nuestros ardores el ya encendido celo de todos vosotros, de manera que venga a suceder que cada uno de vosotros ponga cada día mayor afán y empeño en el cultivo de aquella parte de la grey del Señor que le cupo en suerte apacentar.

Y a la verdad, cuántas cosas y cuán excelentes y cuán oportunas hayan sido sabiamente proyectadas, y felizmente iniciadas, y con gran provecho llevadas a cabo, y, cuando las circunstancias lo permitían, gloriosamente terminadas, entre el clero y el pueblo fiel, por iniciativa y a impulso de nuestros Predecesores y vuestra, lo sabemos por la fama pública, propagada por la prensa y confirmada por otros documentos y por las noticias a Nos llegadas, bien de vosotros, bien de otros muchos; y de ellos damos cuantas gracias podemos a Dios. Entre estas obras admiramos especialmente las muchas y muy providenciales instituciones para instruir a los hombres con sanas doctrinas y para imbuirlos en la virtud y en la santidad; lo mismo las asociaciones de clérigos y seglares, o las llamadas pías uniones, con el fin de sostener y llevar adelante las misiones entre infieles, de propagar el reino de Cristo, Dios, y procurar a los pueblos bárbaros la salvación temporal y eterna; ya también las congregaciones de jóvenes, que han crecido en número y en devoción singular a la Santísima Virgen, y especialmente a la Sa-

grada Eucaristía, que procuran honrar el augusto Sacramento con cultos más frecuentes y solemnes y con muy magníficas procesiones por las calles de las ciudades; y también con la reunión de Congresos muy concurridos, regionales, nacionales e internacionales, con representantes de casi todos los pueblos, donde todos se muestran admirablemente unidos en la misma fe, en el mismo culto, oración y participación de los bienes celestiales.

La Acción Católica

A esta piedad atribuimos *el espíritu de sagrado apostolado*, mucho más extendido que antes, es decir, aquel celo ardentísimo de procurar, primero con la oración frecuente y con el buen ejemplo, luego con la propaganda de palabra y por escrito, y también con las obras y socorros de la caridad, que de nuevo se tribute *al Corazón divino de Cristo Rey, lo mismo en los corazones de los individuos que en la familia y en la sociedad*, el amor, el culto y el imperio que le son debidos.

A eso se encamina también *el buen certamen*, diríamos *pro aris et focis*, que se ha de emprender, y la batalla que se ha de trabar en muchos frentes en favor de los derechos de la sociedad religiosa y doméstica, de la Iglesia y de la familia, derivados de Dios y de la naturaleza, sobre la educación de los hijos. *A esto, finalmente, se dirige también todo ese conjunto de instituciones, programas y obras, que se conocen con el nombre de Acción Católica y que es de Nos muy estimada.*

Pues bien: todas estas cosas y otras muchas semejantes, que sería muy largo referir, no sólo se han de conservar firmemente, sino que se las ha de llevar adelante cada día con más empeño y acrecentar con nuevos aumentos, según lo exige la condición de las cosas y de las personas. Y si parecen cosa ardua y llena de trabajo para los pastores y para los fieles, pero son, sin duda, necesarias, y se han de contar entre los principales deberes del oficio pastoral y de la vida cristiana. Por las mismas razones aparece claro —*tanto que estaría de más todo esclarecimiento*— cuán relacionadas se hallan entre sí todas estas obras, y cuán estrechamente unidas con la deseada restauración del reino de Cristo y con la pacificación cristiana, propia tan sólo de este reino: *pax Christi in regno Christi*.

Y sería nuestro deseo que digáis a vuestros sacerdotes, venerables hermanos, que Nos, testigo y compañero en otro tiempo y partícipe de los trabajos denodadamente tomados en pro de la grey de Cristo, siempre tuvimos y tenemos en grande estima su magnanimidad en soportar los trabajos, y su industria en hallar siempre nuevos medios de subvenir a las nuevas necesidades que consigo

trae el cambio de los tiempos, y que ellos estarán unidos a Nos con vínculo más estrecho de unidad y Nos a ellos con el de la paternal benevolencia, cuando con adhesión más pronta y apretada, mediante una vida santa y una obediencia perfecta, se unan como al mismo Cristo a sus pastores, que son sus guías y maestros.

No hay para qué extenderse en declarar, venerables hermanos, cuánto es lo que esperamos del Clero regular para poner por obra nuestras ideas y proyectos, siendo cosa clara cuánto es lo que contribuye a esclarecer el reino de Cristo dentro y a dilatarle fuera. Pues siendo propio de los religiosos el guardar y practicar, no sólo los preceptos, sino también los consejos de Cristo, lo mismo cuando dentro del claustro se dedican a las cosas espirituales, que cuando salen a trabajar a campo abierto, por ser en su vida modelo de perfección cristiana y por renunciar, consagrados por entero al bien común, a los bienes y comodidades terrenas, para más abundantemente conseguir los bienes espirituales, son para los fieles un constante ejemplo que les incita a aspirar a cosas mayores; y felizmente lo consiguen merced también a las insignes obras de beneficencia cristiana con que atienden a las enfermedades todas del cuerpo y del alma. Y a tanto han llegado en este punto, a impulsos de la caridad divina, según lo atestigua la historia eclesiástica, que en la predicación del Evangelio dieron su vida por la salvación de sus almas, y con su muerte ensancharon los límites del reino de Cristo en la propagación de unidad de fe y de la fraternidad cristiana.

Exhortación a los fieles

Recordad también a los fieles que cuando, tomando por guías a vosotros y a vuestro Clero, trabajan en público y en privado porque se conozca y ame a Jesucristo; entonces es cuando, sobre todo, merecen que se les llame *linaje escogido, una clase de sacerdotes reyes; gente santa, pueblo de conquista*; que entonces es cuando estrechamente unidos a Nos y a Cristo, al propagar y restaurar con su celo y diligencia el reino de Cristo, prestan los más excelentes servicios para establecer la paz entre los hombres.

Pero los cambios sociales que trajeron la necesidad, o la aumentaron, de tales colaboradores para llevar adelante la obra divina, han creado también a los pocos peritos peligros nuevos ni pocos ni ligeros. Pues apenas terminada la desastrosa guerra, perturbados los Estados con la agitación de los partidos políticos, se enseñorearon de la mente y del corazón de los hombres pasiones tan desenfrenadas e ideas tan perversas, que ya es de temer que aun los mejores de entre los fieles, y aun de los sacerdotes, atraídos por la falsa apariencia de la verdad y del bien se aficionen con el deplorable contagio del error.

Porque, ¡cuántos hay que profesan seguir las doctrinas católicas en todo lo que se refiere a la autoridad en la sociedad civil y el respeto que se la ha de tener, o al derecho de propiedad, y a los derechos o deberes de los obreros industriales o agrícolas, o a las relaciones de los Estados entre sí, o entre patronos y obreros, o a las relaciones de la Iglesia y el Estado, o a los derechos de la Santa Sede y del Romano Pontífice y a los privilegios de los Obispos, o, finalmente, a los mismos derechos de nuestro Criador, Redentor y Señor Jesucristo sobre los hombres en particular y sobre los pueblos todos! Y, sin embargo, esos mismos, en sus conversaciones, en sus escritos y en toda su manera de proceder no se portan de otro modo que si las enseñanzas y preceptos promulgados tantas veces por los Sumos Pontífices, especialmente por *León XIII*, Pío X y Benedicto XV, hubieran perdido su fuerza primitiva o hubieran caído en desuso.

En lo cual es preciso reconocer una especie de moder-

nismo moral, jurídico y social, que reprobamos con toda energía, a una, con aquel modernismo dogmático.

Hay, pues, que traer a la memoria las doctrinas y preceptos que hemos dicho; hay que avivar en todos el mismo ardor de la fe y de la caridad divina, que es el único que puede abrir la inteligencia de aquéllas y urgir la observancia de éstos. Lo cual queremos que se lleve a cabo, sobre todo, en la educación de la juventud cristiana, y todavía más, en especial, en aquella que se está formando para el sacerdocio; no sea que en este tan gran trastorno de cosas y tanta confusión de ideas, ande fluctuando, como dice el Apóstol, *y se deje llevar de aquí para allá en todos los vientos de opiniones por la malicia de los hombres, que engañan con astucia para introducir el error*.

V.-Conclusión

Y mirando Nos en derredor desde ésta como atalaya y a manera de alcázar de la Sede Apostólica, ofrécese todavía a nuestra vista, venerables hermanos, muchos en demasía que, o por desconocer del todo a Cristo, o por conservar íntegra y pura la doctrina o la unidad requerida, *no son todavía de este redil*; sin embargo, están destinados por Dios. Por lo cual el que hace las veces de Pastor eterno no puede menos que, inflamado en los mismos sentimientos, eche mano de las mismas expresiones, muy breves ciertamente, pero llenas de amor y de la más tierna compasión: *Debe recoger también aquellas ovejas*; y traiga a la memoria con la mayor alegría aquel vaticinio del mismo Cristo: *Y oirán mi voz, y se hará un solo rebaño y un solo pastor*. Dios quiera, venerables hermanos, lo que Nos con vosotros y con la porción de la Iglesia a vosotros encomendada con un mismo corazón imploremos en nuestras oraciones, que veamos con el resultado más satisfactorio realizada cuanto antes esta tan consoladora y cierta profecía del divino Corazón.

Un como feliz augurio de esta unidad religiosa pareció haber brillado en el hecho memorable de estos últimos tiempos, por vosotros sin duda advertido, para todos inesperado, para algunos tal vez desagradable, para Nos y para vosotros ciertamente gratisimo: que la mayor parte de los personajes principales y los gobernantes de casi todas las naciones, como si obedecieran a un mismo impulso y deseo de la paz, han querido como a porfía, o restablecer las antiguas relaciones de esta Sede Apostólica, o hacer con ella por primera vez pactos de concordia. Lo cual con razón nos llena de gozo, no solamente por lo que acrecienta la autoridad de la Iglesia, sino también por el esplendor que cobra su beneficencia y la experiencia a todos ofrecida del poder en verdad admirable que sólo posee esta Iglesia de Dios por procurar a la sociedad todo linaje de prosperidades, incluso la civil y terrena.

Porque aunque ella, por ordenación divina, entiende directamente en los bienes espirituales e impercederos, por la estrecha conexión que reina en todas las cosas, es tanto lo que ayuda a la prosperidad aun terrena, lo mismo de los individuos que de la sociedad, que más no ayudaría si para fomentarla hubiera sido primariamente instituida.

Y si la Iglesia mira como cosa vedada el inmiscuirse sin razón en el arreglo de estos negocios terrenos y meramente políticos, sin embargo, con todo derecho, se esfuerza para que el poder civil no tome de ahí pretexto, o para oponerse de cualquier manera a aquellos bienes más elevados de que depende la salvación eterna de los hombres, o para intentar su daño y perdición con leyes y decretos inicuos, o para poner en peligro la constitución divina de la Iglesia, o, finalmente, para conculcar los sagrados derechos del mismo Dios en la sociedad civil. (...)

Ante la Festividad del DOMUND

El Día Misional por excelencia

El próximo día 24, penúltimo domingo de octubre, se celebra, por disposición de S. S. Pío XI, el Día Misional de la Propagación de la Fe, el medio más providencial, según expresión del Cardenal Van Rossum, para intensificar el movimiento de esa importantísima Obra Pontificia. El DOMUND, como se ha venido a llamar el Domingo Mundial misionero por excelencia, constituye así la manifestación más espléndida de la Catolicidad de la Iglesia de Dios, y representa, al propio tiempo, una llamada poderosa al espíritu de caridad de los fieles, para que, usando de los medios que concretamente señala el Romano Pontífice, colaboren a la apostólica misión de llevar la Verdad de Cristo a los pueblos sumergidos todavía en las sombras de la infidelidad y de la idolatría.

¡Grandiosa obra la de la Propagación de la Fe!

¿Quién no adivina en ella la sublime cristalización del ansia perenne que mueve a la Iglesia a extender por todo el orbe el Reino de Cristo? ¿Y qué católico consciente de la necesidad y de la suma trascendencia que habría de tener para la Humanidad la aceptación voluntaria por parte de todos los individuos y de todas las naciones, de la suprema realeza de Cristo Nuestro Señor, negará su contribución a la sagrada causa de las Misiones?

Pero el DOMUND no puede ser entendido tan sólo, en su íntima significación, como un hecho aislado en el

transcurso del año. Representa algo más hondo, más vital. Ciertamente que ha de ser ante todo un día de oración y de sacrificio personal en favor de la Propagación de la Fe; pero también ha de ser un día de propaganda misional, es decir, un día dedicado a mostrar abiertamente la importancia del problema que plantea la conquista de tantos millones de almas que se hallan fuera del camino de salvación; y a hacer entender la necesidad de «vivir» de un modo constante la realidad concreta de este problema. ¿Cómo lograr tales objetivos?

El DOMUND y la fiesta de Cristo-Rey

La festividad del DOMUND y la fiesta de Cristo Rey, que se conmemora el domingo siguiente, están estrechamente ligadas entre sí en tal forma y en tan estricta dependencia, que casi podría afirmarse que la proclamación de la sublime realeza de Jesucristo exigía el día misional. Porque, ¿no tiene acaso Jesucristo el supremo imperio sobre todos los pueblos de la tierra, incluso sobre aquellos que sólo por derecho pertenecen a la Iglesia, o no profesan siquiera la fe cristiana? Cristo mismo da testimonio de esta verdad al responder claramente a Pilatos: «Tú lo dices que Yo soy Rey»; y expone la efectividad y la inmensidad de su reino, cuando dice a los apóstoles: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra», de lo que se sigue —según enseña el Papa León XIII— que el imperio que ejerce Nuestro Señor Jesucristo es supremo, absoluto, independiente, de tal manera que no hay otro igual, ni semejante. Pero si verdaderamente el Reino de Cristo abarca de derecho a todos los pueblos y a todas las gentes, también es cierto que no los abraza totalmente de hecho. A lograrlo precisamente, en esta vida, consagra todas sus actividades la Obra Pontificia de la Propagación de la Fe, esperando el anuncio feliz del día en que «toda lengua confiese que Nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre». (Phil., II, 11.)

El Domingo Mundial es, por consiguiente, un medio poderoso para despertar nuestros entusiasmos por la magna labor misional de la Iglesia, orientada y dirigida hacia la finalidad decisiva del reinado efectivo, es decir, de hecho, de Jesucristo sobre la sociedad universal. Por esta razón el DOMUND no lograría por entero su eficacia si se limitara exclusivamente a solicitar la ayuda concretada en una dádiva más o menos generosa; y por ello el DOMUND aspira a hacer comprender a los católicos cuán imprescindible resulta una colaboración continua, permanente.

Importancia de las obras misionales

¿Cómo hemos de celebrar el Domingo Mundial de la Propagación de la Fe? El Cardenal Van Rossum contestaba en la siguiente forma: en primer lugar, y fundamentalmente, rogando al Señor y ofreciendo a tal fin la Sagrada Comunión; procurando, después, inscripciones para la Obra Pontificia, por excelencia, de las Misiones; por último, ofreciendo abundantes y generosas ofertas. Así se realizará exactamente el fin esencial de la festividad: día de oración y de propaganda; y se dará cumplimiento a los deseos del Papa de que todos los fieles se inscriban en las filas militantes de la Propagación de la Fe. Por lo tanto, además de la oración y de la oferta abundante, fruto del sacrificio personal, el DOMUND exige de todos la inscripción a esa Obra Pontificia, con lo cual logra-



Cristo Rey (Catedral de Strasburgo)

remos, a la par que un conocimiento profundo de la importancia de las Misiones, una íntima identificación con la Iglesia.

Creemos que la proyección del DOMUND hacia el sublime ideal de la realeza de Cristo, ha de ayudar a hacer sentir en los corazones la trascendencia inmensa de la obra misional. Además, no pudiendo existir en el mundo la Paz de Cristo sino en el Reino de Cristo —según memorable fórmula de Pío XI en la «Ubi arcano Dei»—,

¿qué trabajo habrá más eficaz para lograr la paz auténtica, la verdadera paz de Cristo, que el realizado en favor de la Propagación de la Fe, o sea contribuyendo a extender la soberanía de hecho de Jesucristo sobre la Humanidad entera?

¿Se comprende así mejor la importancia intrínseca de las Obras Misionales? ¿Quién, a la vista de tan maravillosa esperanza, regateará su colaboración personal para lograr que el DOMUND logre sus específicas finalidades?

José-Oriol Cuffi Canadell

Pastoral de los Obispos holandeses con motivo del Congreso de Amsterdam

El retorno a la Iglesia, único camino para alcanzar la unidad

En el mismo día en que se inauguraban en Amsterdam las sesiones del Congreso mundial de iglesias protestantes, los Obispos católicos de Holanda ordenaron que fuese leída en todas las iglesias del país una Pastoral colectiva referente a la unión de todos los cristianos en el seno de la única Iglesia de Cristo. Dada la especial importancia de ese documento, lo reproducimos a continuación íntegramente.

«Muchos cristianos separados del redil católico se inquietan ante las disensiones religiosas que sufre la cristiandad, comprendiendo que tales divisiones contradicen el mandato del Señor, y están ciertamente llamadas a causar consecuencias fatales para el bien de la humanidad.

»De esta inquietud ha nacido el movimiento ecuménico que procura lograr una nueva unidad religiosa reuniendo a todos los que reconocen a Cristo como a su Dios y Salvador; movimiento que vino a plasmarse poco después de la reciente guerra mundial como resultado de la fundación del Consejo Mundial de Iglesias, del cual esta asamblea en Amsterdam es el primer Congreso plenario.

»La Iglesia católica, amados hermanos, aun cuando deplore, más que nadie, las disensiones religiosas entre los cristianos y comprenda el alcance de sus fatales consecuencias, no participa en este movimiento.

»Ciertamente, la Iglesia reconoce con presteza que este esfuerzo por lograr una nueva unidad religiosa está animado de las mejores intenciones en muchos; sin embargo, considera necesario abstenerse de participar en la asamblea de Amsterdam, no porque tema perder su buen nombre ni la animen otras consideraciones de simple táctica; esta abstención se debe únicamente a la conciencia que tiene la Iglesia católica de su deber de permanecer inquebrantablemente leal a la misión que Cristo le ha confiado.

»La Iglesia es una, santa, católica y apostólica, fundada por Cristo para que ella continuase la obra de la salvación hasta la consumación de los siglos. La Iglesia es el Cuerpo místico de Cristo y su Esposa. La unidad existe en ella, sin decaer jamás, porque Cristo mismo le prometió que las puertas del infierno no prevalecerían contra ella.

»Por lo tanto, el único modo de acabar con la disensión de los cristianos está en el retorno a la Iglesia y a esa unidad preservada imperturbable en ella.

»Si la Iglesia participase, supongamos, en la empresa de crear una nueva unidad religiosa en igualdad de condiciones con otros grupos, entonces admitiría que aquella

unidad que Cristo ordenó no se encuentra en su seno y que ella, la Iglesia, no es la verdadera Iglesia de Cristo. La Iglesia jamás podrá admitir semejante negación. ¿No es ella, precisamente, la única Iglesia de Cristo, su único Cuerpo Místico y su Esposa única?

»La Iglesia, manteniendo con dignidad su puesto único ajena a este movimiento, enseña que la unidad que Cristo quiso se ha conservado en ella y que en su seno esta unidad abre los brazos para todos los que quieran retornar.

»Además, una unidad real requiere una unidad de fe, axioma que muchos dirigentes del movimiento ecuménico comienzan a comprender más claramente. En esta unidad de la fe, garantizada por Cristo, el mismo Salvador confió a Pedro y a los demás apóstoles y sus sucesores predicar el Evangelio en su nombre y con su autoridad: «El que os escucha, a Mí me escucha», prometiéndoles la asistencia del Espíritu Santo, por cuyo poder los Papas y los Obispos, en carácter de sucesores de Pedro y de los apóstoles, conservaron inviolable la verdad revelada y la predicaron con autoridad indefectible.

»Así lo continuarán haciendo hasta que vuelva el señor. Todo el que acoge su palabra, acoge la palabra de Cristo y entra, por consiguiente, en la unidad de la fe. ¿Cómo podría concebirse siquiera que el Papa y los Obispos discutan ante otros si han entendido bien o mal la palabra de la revelación divina o han anunciado principios de mera invención humana, tomándolos como la verdad de Dios?

»Tal cosa equivaldría a desconfiar de la promesa de Cristo y a dudar del poder del Espíritu Santo. No; de ninguna manera. El Papa y los Obispos deben continuar predicando la doctrina de Cristo con autoridad inquebrantable, para así conservar la unidad de la fe.»

«Aunque la Iglesia, pues, no puede participar, seguimos, sin embargo, el Congreso con el más grande interés, que brota de un inmenso y sincero deseo de alcanzar la unidad anunciada por Cristo, a quien tantos reconocen como a su Dios y Salvador. Nos preocupa el hecho de que

este Congreso puede significar un paso hacia adelante o un paso hacia atrás. Un paso hacia adelante, si la nostalgia por la madre Iglesia y por la unidad debida a Ella aumenta y se robustece. Un paso hacia atrás, si muchos se van a sentir satisfechos con una unidad bien ajena a la unidad establecida por Cristo. El retorno a la madre Iglesia es el único camino, queridos hermanos, para alcanzar la verdadera unidad.

»Sin embargo, sabemos que hay muy hondos prejuicios que obstaculizan este regreso. Sabemos que debido a las anomalías que arrancan desde los comienzos de la separación, aumentadas por el tiempo y la soledad, la distancia entre ambos es tal que los disidentes no comprenden la voz ni el lenguaje de la Iglesia. Sabemos que el regreso se ha hecho imposible para muchos si no es al precio de una lucha interna y un gran sacrificio. Sabemos que una conversión leal nunca es posible cuando Dios, por su gracia, no ilumina la mente humana ni mueve la voluntad del hombre. Y sabemos como el mejor, que Dios desea que se le pida esta gracia.

»Por lo tanto, los Obispos piden a todos los sacerdotes y creyentes una ferviente oración: por todos los participantes al Congreso, por todos los cristianos no católicos que buscan la unidad, que amen realmente a Cristo de palabra y obra, y quienes, aunque separados de la Iglesia, miran inconscientemente a la Iglesia como el cielo de su salvación. Orad por todos los pastores de las comunidades cristianas no católicas, y que tienen tan grandes responsabilidades, pues los creyentes dependen de su dirección, siendo a veces incapaces por sí mismos de llegar al verdadero concepto de las cosas.

»No debéis olvidar, sin embargo, que así como vuestras oraciones, vuestro ejemplo es necesario también. En el pasado, ha sido, en parte, la falta de vida cristiana la causa de las deserciones en detrimento de la madre Iglesia. A través de una saludable reforma «en la cabeza y en los miembros» establecida en el concilio de Trento, la Iglesia detuvo la apostasía. Desde entonces el regreso a la madre Iglesia debe ser fomentado a través de la santidad de nuestra fe, hecha visible por la santidad de nuestras vidas y nuestras obras.

»Si alguna vez en el pasado, en la lucha por la unidad católica, los católicos no siempre han cuidado de la caridad, olvidando así momentáneamente la palabra del

Apóstol: «Siguiendo la verdad del Evangelio con toda caridad» (Efesios, 4, 15); si alguna vez, por lo tanto, los católicos han compartido la culpa de alejar a nuestros hermanos no católicos de nosotros, recordemos entonces que éste no es ciertamente el espíritu de nuestra santa madre Iglesia.

»Porque la Iglesia misma es y sigue siendo la santa Iglesia. Es santa en sus obras, en sus sacramentos, en su santo sacrificio y en su vida de gracia, que realiza a través de estos medios. Es santa en su doctrina, que viene de Dios y que conduce hacia Dios y a la salvación de las almas. Es santa, porque en todos los tiempos produce grandes santos. En esta santidad la Iglesia demuestra siempre su origen divino. Pero sus miembros fueron y siguen siendo hombres; en ellos es posible que el lado humano de las cosas («Mit Brennender Sorge») aparezca por tiempos aun en exceso. Y estos fracasos humanos pueden llegar a ser fácilmente causa de escándalo y la razón por la que muchos no perciban la santidad de la Iglesia.

»Por lo tanto, los católicos llevamos sobre nosotros, en nuestros días, una grave responsabilidad. Ahora que en el corazón de muchos seguidores de Cristo ha nacido un fuerte deseo de alcanzar una mayor unidad, nos corresponde renovar en el espíritu de Cristo buscando en todas las cosas y en todas nuestras acciones solamente a Cristo y la propagación de su reino.

»Más que nunca debemos tener presente el mandamiento de Nuestro Señor: «Brille así vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mateo, 5, 16). Más que nunca debemos irradiar en nuestras vidas la santidad de la Iglesia. Quiera Dios ayudarnos a comprender plenamente este deber, y «que el espíritu divino ayude a vuestra flaqueza» (Romanos, 8, 26). Finalmente, queridos hermanos, os pedimos que en todos los templos y capillas de la Iglesia católica en Holanda se celebre en el último domingo de agosto una misa solemne, o al menos cantada, para implorar a Dios la gracia de que todos puedan compartir la unidad de la Iglesia; y que esta misa sea la «missa ad tollendum schisma», una misa destinada a borrar el cisma de la cristiandad. Confiamos en que todos los católicos se unirán con el mayor fervor posible en este santo sacrificio.»

Viene de la pág. 448

«Quanti mercenarii in domo patris sui abundant panibus...!»

Si scires donum Deil

Cuando veo delante de mis ojos tantos amores que se extravían en el error, se precipitan en la carne o se pierden en el vacío; cuando veo tantos otros que no saben a donde van, me digo a mí mismo, en un transporte de fraternal amor y de ambición apostólica: ¡Oh, si todos esos amores viniesen al foco de todo amor! ¡Si esos corazones que huyen, se extravían o se corrompen, viniesen todos a descansar en el corazón de Jesucristo! Si esos vientos que agitan la tierra conspirasen todos juntos para traer de nuevo esos corazones a su centro, es decir, al Corazón de Jesucristo: gran Dios, ¡qué cambio no se verificaría en los hombres y qué restauración en las cosas! ¡Qué movimiento de elevación en las almas, qué armonía en los corazones, qué fuerza en la sociedad y qué progreso en la humanidad! Y al mirar al Corazón de Jesucristo, siempre abierto, morada viva del amor, no puedo menos de decir: si todos nuestros corazones estuviesen allí, prontos a seguir el movimiento que a él le impulsa... ¡qué porvenir, gran Dios!... ¡Ah!, esto es un sueño tal vez: pero perdonadme este sueño; porque sueño con

vuestra grandeza, con vuestro progreso, con vuestra felicidad; sueño, en el corazón de aquel a quien amo, que veo vuestro cielo acá en la tierra. Perdonádmelo; es un sueño de amigo; es un sueño de hermano; es un sueño de apóstol; y mi Dios, que me lo envía, me dice en el corazón que este sueño llegará a ser, si no para todos, al menos para muchos, la realidad que anhelo.

¡Oh, Dios mío! Vos queréis que conquistemos los corazones con el poder de vuestro corazón; y habéis dicho, como en otro tiempo: ¿A quién enviaré? ¿*Quem mittam?* Mi corazón os ha respondido: Heme aquí, Maestro, enviadme: *Ecce ego, mitte me*. Yo creo en el poder de vuestro amor para triunfar del corazón de los hombres: poned su fuego en mi corazón, su llama en mis palabras y enviadme: *Ecce ego, mitte me*. Si no logro llevarlos a todos, llevaré al menos una parte, la parte generosa y capaz de dar impulso a la otra; y ojalá que esta minoría logre hacer ver, con el milagro de su amor y el prodigio de su engrandecimiento moral, que el progreso por medio del cristianismo es lo que hemos denominado: *el amor a Jesucristo reinando entre los cristianos*. (1858. El Progreso social por medio del amor a Jesucristo.)

Bolonia y Amsterdam buscan la unión

Por el P. Ignacio ORTIZ DE URBINA, S. J.

Profesor del Instituto Oriental de Roma

La expresiva aprobación con que Su Santidad acoge la iniciativa del Cardenal de Bolonia de promover en un Congreso solemne la unidad de la Iglesia es un argumento más de la maternal solicitud con que la Iglesia Católica desea la desaparición de las discordias entre todos cuantos se llaman cristianos.

El día 22, por otra parte, las campanas de las iglesias protestantes de Amsterdam saludarán a los numerosos representantes de confesiones no católicas, sobre todo, calvinistas, luteranos, anglicanos y demás grupos protestantes, creyentes en la divinidad de Jesucristo, quienes unidos a delegados de varios Patriarcados disidentes de los cristianos orientales (ya es pública la ausencia del Patriarcado de Moscú), van a celebrar un magno Congreso ecumenista en pro de la unión de todas las Iglesias cristianas.

No estará de más para orientación de nuestros lectores, que establezcamos algunos puntos de cotejo entre ambos acontecimientos. Lejos de nosotros el negar sin más la buena voluntad a quienes organizan la Asamblea de Amsterdam. No es exacto decir que los católicos miramos con indiferencia esfuerzo tan grande, encaminado a un fin que, en cierto sentido, podría llamarse un fin común. Pero todo nuestro interés va mezclado a la amargura que sentimos al observar que tan extraordinarios esfuerzos no son llamados a lograr la unidad. Son grandes pasos, pero pasos fuera de camino.

Los mismos títulos de los Congresos indican con suficiente claridad el diverso planteamiento del problema. Y es que en Amsterdam el movimiento ecuménico intentará obtener por vez primera la reconstrucción de la unión de las Iglesias en un plano de absoluta igualdad. En cambio, en Bolonia la Iglesia católica llama a los que yerran al único redil de Cristo, que siempre ha existido en la Iglesia romana. Ese movimiento que se ha dado en el apellido ecumenista es una especie de Federación moderna de confesiones en su mayoría protestantes, que presupone el que todas las Iglesias cristianas están en la misma condición ante la inexistente y deseada unión. Todas deben comenzar por confesar sus propias culpas, en vez de achacar a las otras las causas de la disensión; así como, por el contrario, ninguna de ellas deberá pedir perdón al reintegrarse a la unión. Consiguientemente, según los ecumenistas, ninguna de las Iglesias actuales puede preciarse de ser la única Iglesia auténtica de Cristo. Cada una viene a ser tan sólo una parte de ella. De ahí la necesidad de que todas se unan para así poder recomponer por vez primera y adecuadamente la unidad perdida. Por lo mismo, la Iglesia que surja como resultado de la unión o confederación de todas no será idéntica a ninguna de las actuales, sino un conglomerado y suma de todas ellas, en la que algunos reconocen sólo una unión espiritual e invisible, mientras que otros reclaman la necesidad de establecer también los caracteres de una sociedad visible y externa. Ahí tenéis en síntesis el programa y tendencia de los asambleístas de Amsterdam.

A primera vista, el ecumenismo parece una actitud humilde, desde el momento que todas las confesiones se declaran culpables y faltas de unidad esencial, que se conseguirá mediante el allanamiento de todas a un régimen igualitario, sin lugar para pretensiones de primado. Diríase que los ecumenistas han querido aplicar al problema de la unión una concepción democrática que estaba ya en vigor en muchas de sus confesiones, en las que las bases son los fieles que eligen a sus pastores. «Todos

somos iguales», dicen los ecumenistas; «todos culpables», «todos distamos de la verdadera unidad».

Para obtenerla vamos a tratar democráticamente, a pluralidad de votos, la manera de unir estos jirones dispersos de la túnica inconsútil de Cristo. Toda esta teoría ecumenista está fundada en un gran error: el que se haya deshecho la verdadera y sustancial unidad de la Iglesia de Cristo. Afirmarlo equivale a admitir que hoy día no existe propiamente aquella Iglesia que fundó el Señor, sino sólo fragmentos de ella, lo cual, a su vez, implica que no han resultado verdaderas las promesas de Jesús cuando aseguraba que las puertas del infierno no vencerían a su Iglesia y que El asistiría eficazmente a sus fieles hasta la consumación de los tiempos. ¿Es ése el grave dilema, amigos ecumenistas? Si no existe la Iglesia «una», ha naufragado la Iglesia de Cristo, a pesar de su solemne promesa. Si existe busquémosla donde está y pongámosla como término indispensable de nuestros esfuerzos unionistas.

No nos es lícito a los hombres formar por nuestra cuenta y con métodos igualitarios la apariencia de una sola Iglesia. Lo único que podemos y debemos hacer es atraer a la única Iglesia de Cristo, la romana, la que no ha quedado derrotada por las puertas del infierno, las ovejas descarriadas, los hijos pródigos que en mala hora se alejaron del hogar paterno. Ahí está la gravísima diferencia de la concepción de la unidad o unión entre ecumenistas y católicos. Los ecumenistas dicen: «El rebaño de Cristo está completamente disperso y sin redil visible.» El hogar del padre de familia se ha deshecho del todo cuando cada miembro de la familia se ha escapado por su cuenta y razón. En cambio, los católicos respondemos: «Nunca ha dejado de existir el redil de Jesucristo y su rebaño permanece. Nunca se ha deshecho el hogar del padre por más que algunos hijos se hayan alejado de él.»

Los ecumenistas vienen a afirmar que cada confesión cristiana tiene el fragmento de una gran estatua que no podrá reconstruirse sin que todas ellas se den la mano. En cambio, la Iglesia romana sostiene que esa estatua, más aún, ese Cuerpo místico de Cristo, nunca ha desaparecido, a pesar de la amputación de algunos miembros. Ahora, lo que cumple, según nosotros los católicos, es respetar la voluntad de Cristo, fundador de la Iglesia. No es cuestión de aplicar métodos democráticos cuando el Señor ha puesto como base de su Iglesia no a los fieles, sino a San Pedro y a sus sucesores. La Iglesia no es democracia, sino monarquía, en la que la cabeza, el Papa, recibe directamente de Cristo la plenitud de los poderes. Buscar una cruencia de acuerdos dogmáticos o de intercambios litúrgicos fuera del fundamento puesto por Jesucristo es, entre otras cosas, perder el tiempo y juzgar con apariencias humanas el vacío sobrenatural de quienes carecen de las notas esenciales que ha de tener la obra del Señor: unidad, catolicidad, santidad y apostolicidad. Y no es cosa de dejarse seducir por el hermoso título de «ecuménico», que etimológicamente significa lo mismo que católico.

De las sesiones de Amsterdam no puede salir como fruto de contratos humanos la Iglesia fundada por Jesucristo. Esta no ha muerto. Más pujante que nunca, vive cimentada en la roca viva de Pedro, que, según la infalible promesa, es garantía de perennidad contra las potencias del infierno.

«Tu es Petrus et super hanc petram aedificabo ecclesiam meam.»

(Reproducido de la revista ECCLESIA)

DE ACTUALIDAD

Necesidad de difundir la Doctrina Católica. - La misión de Europa en el mundo. - «El Papado ha muerto». - Atropellos judíos

Necesidad de difundir la Doctrina Católica

La Acción Católica Italiana celebra, en la ciudad de Sena, su primera Asamblea general. Con este motivo, el Secretario de Estado sustituto, Monseñor Montini, ha dirigido, por indicación del Santo Padre, al Obispo titular de Assume, Monseñor Juan Urbani, Consiliario general de la Acción Católica, una carta a la que pertenecen los siguientes fragmentos:

«En el campo de las ideas prevalece la necesidad de dar a la doctrina católica en todas sus expresiones una mayor difusión entre el pueblo, que se encuentra terriblemente acechado por toda clase de perniciosos errores, y, consecuentemente, la necesidad de ilustrar con una apología nueva que felizmente la prueba de los hechos hace fácil y convincente el pensamiento y la obra del Sumo Pontífice por la defensa de la paz, por el bien del pueblo, por una mayor justicia social, por una amplia y benéfica asistencia caritativa.

»En el campo de la acción, igualmente, nunca será superfluo volver a inculcar cómo la urgencia de documentar con el ejemplo de una integérrima vida personal la propia profesión cristiana, nace del decaimiento general de las costumbres y de cierto rigor moral, parcial, pero impresionante, que algunas corrientes adversarias profesan a veces: *la simplicidad, la pureza, la austeridad, la generosidad de la propia vida deben aparecer como el óptimo argumento del propagandista católico*, que, libre y fuerte por basarse en esta fiel adhesión a la inspiración evangélica, tendrá mayor autoridad para proclamar y promover aquellos principios de justicia y de caridad social, de los que espera un mejor ordenamiento de la vida moderna.»

La misión de Europa en el mundo

«Esta vieja Europa, centro y cuna de la catolicidad, no ha acabado de jugar, lo esperamos así legítimamente, su papel primordial en el futuro del mundo, fraternalmente renovado en las imprescriptibles normas del Evangelio. Pero todavía deberá aprovecharse de la lección de los acontecimientos para recurrir resueltamente a las salvadoras virtudes del cristianismo, las únicas capaces de reportar un triunfo durable sobre las doctrinas materialistas, cuya amenaza pesa hoy tan intensamente sobre el mundo.» Con estas palabras terminaba Monseñor Montini la carta que, en nombre de su Santidad el Papa, dirigió al presidente de la XXXV Semana Social de Francia.

El tema de dicha Semana Social era «Pueblos de allende los mares y civilización occidental».

Subraya Monseñor Montini que el cataclismo «del que apenas si hemos salido», ha causado, aun en los pueblos más alejados una fuerte conmoción de hondas consecuencias, algunas de ellas de muy difícil previsión, lo cual, ligado con el estado de debilidad en que se encuentran las potencias del occidente europeo, hace temer un desequilibrio cuyos últimos resultados habría de sufrir el mundo durante mucho tiempo.

«Tal vez —agrega la carta— las nuevas condiciones en las que se tendrá que ejercer la influencia occidental sobre los pueblos de allende los mares en plena fermentación, obligarán a los poderes responsables a tener en cuenta, mucho más que lo ha hecho hasta ahora, una colonización inspirada demasiado frecuentemente en un espíritu inte-

resado y materialista, las aspiraciones indígenas a justos progresos sociales, postulados, por otra parte, por la dignidad de la persona humana.»

«El Papado ha muerto»

En el transcurso de la magna concentración celebrada por la Juventud Femenina de Acción Católica en la plaza de San Pedro, con motivo del trigésimo aniversario de su fundación, Su Santidad el Papa dirigió a las jóvenes congregadas un magnífico discurso al que pertenece el siguiente fragmento:

«Ha sido repetida de nuevo hace poco, una impetuosa invectiva, repetidamente lanzada, hace un siglo contra el Pontificado Romano, por un renombrado político italiano: «El Papado ha muerto» (Escritos de Mazzini). ¡Muerto el Papado! ¿Entonces toda esta juventud viva, ardiente, pura, jubilosa, entusiasta, sostenedora de sacrosantos derechos, consagrada a los más altos ideales y a las más generosas empresas, en pleno fervor de su actividad, ha venido aquí a rendir homenaje a un muerto, a un muerto desde hace cien años, muerto en la sangre y en el fango? O bien, ¿será que, en realidad, esta juventud es una juventud muerta que se acerca a un muerto? No, amadas hijas; vosotras estáis vivas, porque Jesucristo vive en vosotras, y el Papado está vivo, porque es la piedra sobre la cual está edificada la Iglesia, que vivirá por Cristo y en Cristo hasta la consumación de los siglos, y Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera, y su reino no tendrá fin.»

Atropellos judíos a los católicos de Palestina

La Asociación católica pro Cercano Oriente, que preside Su Eminencia el Cardenal Francis Spellman, Arzobispo de Nueva York, ha dirigido una carta al secretario general de las Naciones Unidas, señor Trygve Lie, en la que solicita que las Naciones Unidas investiguen los atropellos cometidos por los judíos contra los católicos en Tierra Santa, y contra los Santos Lugares.

La carta informa: «Nos han llegado sin cesar inquietantes rumores sobre el atropello a personas e instituciones católicas, y a los Lugares Santos; si bien algunos fueron negados, o atribuidos a grupos irresponsables, la Prensa Asociada difunde desde Jerusalén los cargos que hace el Ilmo. Mons. Antonio Vergani, Vicario del Patriarcado Latino de Galilea, confirmados luego por fuentes fidedignas, contra fuerzas judías que han perpetrado *actos criminales en perjuicio de doce instituciones católicas en el norte de Palestina.*»

En el aludido informe, Monseñor Vergani cita las iglesias, conventos y hospitales saqueados por los judíos, y arrebatados otros, por la fuerza, haciendo constar, además, el temor de que los judíos «continúen expropiando propiedades eclesiásticas». Muchas capillas fueron profanadas y los religiosos obligados a abandonar sus residencias.

La carta concluye diciendo: «Es nuestra opinión que si estos actos responsables continúan siendo atribuidos invariablemente a fuerzas incontroladas, toda la Cristianidad verá con muy justo resentimiento el desprecio que muestra el Estado de Israel por los intereses espirituales y materiales del cristianismo.»

J. O. C.

Una concepción sobrenatural de la vida es necesaria para restablecer el orden en la sociedad.

Una sumisión filial a la Iglesia es necesaria para restablecer el orden entre las sociedades.

Boletín Bibliográfico Internacional



Utilísimo para cuantos quieran estar al corriente del movimiento cultural.



PARA SUSCRIPCIONES, RESENCIONES E INSERCIONES:

Pia Soc. S. Paolo
Via Grottaperfetta, 58

R O M A

La Inquisición

J. M. Orti Lara

Precio especial para nuestros suscriptores
10 pesetas



Historia de las sociedades secretas

en 3 tomos
Vicente de la Fuente

Precio especial para nuestros suscriptores
45 pesetas los 3 tomos



Pídalos en nuestra administración

LECTOR:

Varios padres misioneros españoles, que en lejanas tierras de la India han conocido nuestra Revista, son grandes entusiastas de CRISTIANDAD

¿Quieres costear su suscripción?

Telefona al n.º 22446 y se te dará el nombre de tu favorecido

La Revista **CRISTIANDAD**

tiene lectores en los siguientes países

Europa

BELGICA: Lieja

INGLATERRA: Londres, Oxford, Newcastle-On-Tyne, Eastbourne, Chipping Northon

IRLANDA: Dublín, Killaloe, Ballinasloe, Cappoquin, Cashel

ITALIA: Roma, Milán, Florencia, Génova

PORTUGAL: Lisboa, Porto, Coimbra, Braganza, Braga, Leiria, Cova de Iria, Vilanova de Gaia, Covilha, Campo Maior, Foz de Douro, Negrellos, Peniche, Tomar

SUIZA: Zurich, Friburgo, Locarno, Losana, Orsonnens

Asia

INDIA INGLESA: Bombay, Bhavnagar, Bulsar

Africa

MARRUECOS ESPAÑOL: Tánger, Melilla, Tetuán, Segangan

América

CANADA: Ottawa, Quebec, Montreal, Edmonton

ESTADOS UNIDOS: Nueva York, Washington, Chicago, Los Angeles, San Pablo, Webster Groves, El Paso, Albuquerque, San Antonio de Tejas

ARGENTINA: Buenos Aires, Mendoza, Santa Fe, Tucumán, Salta, Jujuy, Viedma, San Miguel, Pirovano, Morón

BOLIVIA: La Paz

BRASIL: São Paulo, Recife, Santos, Braganza Paulista

COLOMBIA: Bogotá, Medellín, Cali, Pasto, Usaquen

COSTA RICA: San José de Costa Rica

CUBA: La Habana, Santiago, Matanzas, Cienfuegos, Pinar del Río, Sancti Spiritus, Camagüey, Ciego de Avila, Florida, Guaimaro, Holguín, La Víbora, Violeta, Nuevitas, Morón

CHILE: Santiago, Concepción, Valparaíso, Los Andes, Talca, La Serena, San José de la Mariquina, Padre Lascasas, Temuco, Viña del Mar

ECUADOR: Quito

EL SALVADOR: San Salvador

GUATEMALA: Ciudad de Guatemala, Quezaltenango

HAITI: Puerto Príncipe

MEJICO: México, Puebla, Guadalajara, Coyoacán, Tampico, Chihuahua, Cuquío, Morelia, Mérida del Yucatán

PANAMA: Ciudad de Panamá

PARAGUAY: Asunción

PERU: Lima, Miraflores, Magdalena del Mar

PUERTO RICO: San Juan, Ponce, Aibonito

REPUBLICA DOMINICANA: Ciudad Trujillo

TRINIDAD: Puerto España

URUGUAY: Montevideo

VENEZUELA: Caracas, Mérida, Valencia, Bucaramanga

Oceanía

AUSTRALIA: Sydney

FILIPINAS: Manila